

VICENTE SAENZ



OPINIONES
Y
COMENTARIOS
DE 1943

EDICIONES LIBERACION
MEXICO, D. F.
1944

OPINIONES Y COMENTARIOS DE 1943

VICENTE SAENZ

SUS PRINCIPALES OBRAS

(Tamaño cuádruplo mayor, con un total de 1784 páginas)

NORTEAMERICANIZACIÓN DE CENTRO AMÉRICA

ROMPIENDO CADENAS

ESPAÑA HEROICA

GUIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

COSAS Y HOMBRERES DE EUROPA

OPINIONES Y COMENTARIOS DE 1943

OTROS LIBROS Y FOLLETOS

ACTITUD DEL GOBIERNO DE WASHINGTON HACIA LAS REPÚBLICAS
CENTROAMERICANAS (1)

TRAIDORES Y DÉSPOTAS DE CENTRO AMÉRICA (1)

EL CANAL DE NICARAGUA (1)

INTERVENCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS EN CENTRO AMÉRICA (1)

CARTAS A MORAZÁN

ESPAÑA EN SUS GLORIOSAS JORNADAS DE JULIO Y AGOSTO DE 1936 (2)

EL RESPLANDOR DE ESPAÑA (1)

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA (3)

LA DOCTRINA DE MONROE FRENTE A LOS NAZIS EN AMÉRICA

ELOGIO DE FRANCISCO MORAZÁN

POR PUBLICARSE

LECTURAS HISPANOAMERICANAS

SIETE ENSAYOS Y UN EPÍLOGO

POR QUÉ TUVE QUE DISPARAR

EL CRIMEN CONTRA ESPAÑA (CONTINUACIÓN DE "ESPAÑA HEROICA")

PENETRACIÓN NAZIFASCISTA EN ALGUNAS REPÚBLICAS
HISPANOAMERICANAS

(1) Inglés y castellano.

(2) Castellano y ruso.

(3) Castellano, inglés y francés.

VICENTE SAENZ

OPINIONES
Y
COMENTARIOS
DE 1943

Esta obra es propiedad del
SIBDI - UCR



EDICIONES LIBERACION
MEXICO, D. F.
1944

940.53

S127e

U

Sistema de Bibliotecas - UCR



132097

Hecho el depósito y reservados
todos los derechos del autor,
de acuerdo con la ley.

México, D. F.

Febrero de 1944.



A MANERA DE PROLOGO LO QUE DEBIERA SER EPILOGO

SUPERVIVENCIA DE PROSPERO EN LA TIERRA

—¿Cree usted que se transforma la política del buen vecino por el desconocimiento —o no reconocimiento— del actual régimen boliviano?

—Lo hecho en Bolivia, o con Bolivia, pareciera más bien dirigido a respaldar a los demás Peñarandas que andan todavía sueltos, con bastón de mando, en diversas repúblicas del Continente. Así lo creo, sin ánimo de molestar a nadie.

Todo eso, huelgan mayores comentarios, transforma la política del buen vecino, pues acaba con la confianza que hubiera podido acumularse, sembrando de nuevo la desmoralización y el desconcierto en nuestra América.

* * *

—¿Cree usted que prevalecerá la política del buen vecino?

—Decía el Presidente Wilson que sólo a base de confianza era posible llegar a un entendimiento interamericano. “¡Confianza por sobre todas las cosas!”

(Y agregué lo siguiente, que no salió publicado en la entrevista: “Pero no pudo inspirarla porque las fuerzas del imperialismo, sin duda más poderosas que su modo de pensar, llevaron al ilustre profesor Woodrow Wilson a los bombardeos de Veracruz, Haití, Santo Domingo y Nicaragua”.)

Respeto de unos Estados para otros. Igualdad jurídica. Interpretación correcta de la Doctrina de Monroe. Cooperación de chicos y de grandes contra el Eje nazifascista. Confianza, en suma, forma también el meollo de la política de buena vecindad del Presidente Roosevelt.

Mientras subsista la confianza podrá prevalecer esa doctrina. Mas vemos los hispanoamericanos, por desgracia, que las prédicas no coinciden siempre con la realidad.

Los errores de la política "democrática" en Europa se repiten en América. De Gaulle necesitó imponerse. Lo de Badoglio no es cosa que pueda convencer a nadie. Y el continuado apoyo a Franco, incondicional instrumento de los nazis, no indica comprensión del daño que hace en nuestro medio la propaganda falangista.

* * *

—Sin embargo, se dice que en lo de Bolivia hubo influencias extrañas...

—Pudiera ser; pero por muy totalitarios que se presente a los actuales gobernantes bolivianos, nunca lo serán tan desalmados como el argentino Ramírez —convertido después a la causa de las Naciones Unidas—, ni como el Generalísimo de la anti España, ni como algunos otros déspotas intercontinentales de nuestra fauna, sumamente pintorescos, cuyas iluminadas efigies suele estampar en sus columnas, con grandes alabanzas, la revista oficial norteamericana, "En Guardia", órgano en papel couché del muy ilustrado Coordinador y petrolero don Nelson Rockefeller.

* * *

—La situación de Argentina está aclarada.

—Veremos hasta dónde llegan los acontecimientos en aquel

PRÓLOGO

país. ¡Hay tantas confusiones lamentables en lo que se refiere a nuestra América! Ya nos estamos acostumbrando a que los sátrapas y los pueblos sean confundidos y amalgamados, llevando primacía los dictadores. A estos últimos se les festeja, se les aplaude, se les concede cuanto hayan menester para seguir tiranizando.

Ramírez, por ejemplo, fué amenazado con el desconocimiento, entre otras razones atendibles, porque le enviaba trigo y carnes congeladas al tudesco Hitler, por mediación de Franco.

¡Pero ya se conjuró el peligro, al ponerse don Pedro Pablo el maravilloso unguento democrático —en este caso ruptura de relaciones con el Eje— que incluso a nuestros más patibularios espadones les da expresión angélica!

(Preguntas: Rafael Heliodoro Valle. — Respuestas: Vicente Sáenz. — Diario "Excélsior", México, D. F., 2 de febrero de 1944.)

* * *

Va lo transcrito como introducción a los apuntes de este libro, para que no se crea que nadamos los de Hispano América en confianza plena, ojiblanco ante la Carta del Atlántico y algunas otras promesas muy alborozadoras.

Buena parte de todo lo que pueda infundir aliento, desde el Bravo hasta la Patagonia, se reproduce y se subraya con ánimo optimista a lo largo del volumen, principalmente lo que en idioma inglés se dice y se publica sobre el porvenir y los derechos soberanos de naciones que no cuentan con acorazados ni cañones para defenderse; pero bien quisiéramos de norte a sur, que los discursos y las promesas se reflejaran en positiva realidad.

¡Bien lo quisiéramos! Porque al paso que continúan los apaciguadores avanzando, validos de que siguen dando tumbos, carentes de "política internacional" las pujantes democracias anglosajonas: política internacional concreta y definida, en favor de los pueblos y no de los Francos o de los Badoglios, conocidos también por Quislings o Darlanes; al paso, pues, que toman posiciones los viejos y los nuevos cómplices del difunto Chamberlain, está ya cercano el día en que hasta se nos señale como quintacolumnistas nazis a los enemigos de toda dictadura, o que otra vez los émulos de Goebbels vuelvan a la carga con aquello tan honroso, tan manoseado, y siempre tan divertido, de que somos comunistas.

* * *

Mas no se trata de que le pongan a uno etiquetas, ni de colores que causen susto a nadie. Antes bien podría decirse que en el afán de expresar con claridad el sentimiento hispanoamericano, hay algo apenas de lo que hizo ver Unamuno, a propósito de esta ruda faena de mantenerse leal a los principios:

"Pues bien, sí: creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado.

"Defenderán su usurpación, es natural; y tratarán de probar con muchas y muy estudiadas razones que la guardia y custodia les corresponde. Lo guardan para que no resucite.

"A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones —o sinrazones— estarás perdido".

¿Y cuáles son las razones de los bachilleres, los curas, los barberos, los duques y los canónigos que no quieren la resurrección de don Quijote?

Son las mismas que esgrimía un inquisidor en el siguiente consejo para Felipe II: “Sería muy fácil restablecer la religión y la autoridad del Rey en los Países Bajos, con sólo matar unas dos mil personas. Si toman las armas habrá que matar a los guerreros en el campo de batalla. Y si esto es lícito, ¿por qué no hacerlo luego? Vuestra Majestad tiene el cuchillo que Dios le ha dado. Desnúdelo y báñelo en sangre de herejes, si no quiere que la sangre de Jesucristo dé voces al Cielo”.

Para reforzar criterio tan caritativo, agregaban otros píos cerebros del Santo Oficio: “¿Qué hay más absurdo que la tolerancia? Dos horas de fuego para un hereje son dádiva misericordiosa, porque le evitamos centurias de tormento en los dominios de Satanás”.



Por eso aconseja don Miguel de Unamuno que a tales razones se responda con pedradas y con las otras armas de que ya se hizo mención. Y así queda explicado —puesto que en las páginas finales de estos apuntes se comenta el caso Butler— que aproveche también el suscrito, a manera de prólogo, estas otras declaraciones —¡¡gritos!!—, que tuvo a bien solicitarle y transmitir a sus corresponsales la United Press, el 5 de febrero de 1944. Dicen así:

“Mensajes de Washington, publicados en todos los periódicos el 3 de febrero en curso, siguen todavía ocupándose del informe, o como quiera llamársele, del Senador don Hugo Butler.

“En esa misma fecha se suscitaron acaloradas discusiones en el Capitolio norteamericano. Unos senadores atacaban al

nebraskense y otros le defendían, saliendo de nuevo a relucir los famosos seis mil millones de dólares "malgastados en Latino América".

"Pero a propósito del baile de estos millones, el Senador Guffey, demócrata de Pennsylvania, vino a señalar con números exactos: a), que la danza no era cuestión de obsequios, sino asunto relacionado con el "comercio exterior" de los Estados Unidos; y b), que un altísimo porcentaje de la suma inflada por Butler, se había invertido en "artículos necesarios para la guerra".

"¿Por ejemplo? Salitre y cobre de Chile, manganeso del Brasil, estaño de Bolivia, bauxita de las Guayanas, petróleo de Venezuela, diversos metales del Perú, de Centro América, de México, de Colombia, etc.

"En resumen —como me permití afirmarlo a fines de 1943—, productos explotados, exportados y vendidos, no por los gobiernos ni por los pueblos hispanoamericanos, sino por poderosas empresas concesionarias de los propios Estados Unidos y de otras grandes potencias democráticas.

"Sus accionistas —insisto en repetirlo— son los únicos que se benefician con el aumento de precios, con ganancias y sobreganancias, sin provecho ninguno de importancia para nuestros países.

"Esos accionistas están muy cerca de Washington, de Mr. Butler y de los senadores que lo defienden. Se les encuentra en Wall Street, calle bien conocida de Nueva York.

"¡Un corto paseo en aeroplano, y se habría podido economizar el representante de Nebraska sus 32.000 kilómetros de vuelo a través de Hispano América!"

* * *

Se dirá que estas afirmaciones, por encontrarnos en época de guerra, son inoportunas, peligrosas, "demasiado fuertes".

PRÓLOGO

Eso habría que enrostrarles a los apaciguadores munichistas, porque las palabras son un simple reflejo de la realidad.

A los nazistoides encubiertos, con peluca o sin ella, que operan en las grandes capitales de las Naciones Unidas.

A los que no dan el salto sobre el Canal de la Mancha, mientras no se les asegure su té de las cinco con mermelada inglesa.

A nuestros Patiños criollos, muy bien conectados con los amos del capitalismo internacional, en Washington, en Londres, en Nueva York.

A monseñores anticristianos como el Arzobispo Sheen y el Arzobispo Spellman.

A empresas cavernarias de publicidad escandalosa, como el "Reader's Digest", compañía mercantil protectora de Mr. Butler y de otros sociólogos-plumarios.

A tantos banqueros, petroleros, plataneros, explotadores, en fin, empeñados en demostrarle al mundo cómo son "ejemplares y progresistas" nuestros regímenes de tiranía, siempre que se opongan a los bolcheviques, otorguen concesiones al "inversionista" del exterior y demuestren su grandeza pavimentando calles.

Eso habría que gritarles a los estadistas sin orientación ni decisión efectivamente democrática, que desconciertan a las víctimas de abajo con su inexplicable "política de guerra", precursora de una nueva hecatombe en que serán los pueblos quienes abran el segundo frente, contra toda clase de traiciones y de camarillas.

Eso y mucho más habría que decir a grandes voces, que no serán nunca inoportunas ni "demasiado fuertes".

* * *

Lo demasiado fuerte es la matanza de seres humanos, sin saber a la postre por qué se están muriendo.

Lo demasiado fuerte es que se haya perdido un millón de vidas en España, y que a estas horas se ignore todavía al primer pueblo que luchó en Europa contra el agresor nazi-fascista, amenazando a los republicanos auténticos con restaurar a los Borbones, o con poner allí a cualquier Badoglio que no se muestre hostil al caudillejo Franco.

Lo demasiado fuerte es lo que ocurre entre nosotros, en este nuestro pobre hemisferio, mantenido en el dolor, en la miseria, en el paludismo y en la falta de zapatos de sus ciento quince millones de desheredados, a quienes se les habla de libertad y democracia, diciéndoles que son depositarios de la cultura universal.

Lo demasiado fuerte es tanta complicidad con los déspotas que nos agobian; y tanto condecorarles; y tanto alzarse de hombros cuando se reeligen; y tanto escudarse entonces en el "respeto a la soberanía", pero advirtiéndoles a los que pudieran dar al traste con semejante farsa, que se cuiden de "apelar a la violencia".

¿Qué se quiere, pues, ante la cárcel, el terror, los atropellos y las persecuciones de los espadones democratizados? ¡Gritar, por lo visto, como decía Unamuno, es lo único que nos queda contra las complicidades y los crímenes supercivilizados de esta época contemporánea!!

* * *

Pero llegarán los días de la acción, y entonces podrá demostrar Hispano América que sí es digna heredera de sus libertadores.

¡De sus libertadores: mitad España, mitad América! ¡No de sus verdugos: mitad la anti España de ayer y hoy, mitad la anti América española de encomenderos, espuelas, uniformes militares, tejas montaraces y báculos que se usan como clavos!

PRÓLOGO

¡De sus libertadores, de sus poetas, de sus estadistas, de sus hombres de pensamiento y de visión, cuya talla no alcanzarán jamás los Hitleres de brocha gorda, ni los Mussolinis de opereta, ni los Chamberlaines o los Daladieres, que pudieron ser, en plena crisis, los héroes máximos, las figuras de mayor relieve y popularidad en el viejo continente!

Mas he aquí que cuando lleguen esos días de la acción, fuerte y vivificadora, será indispensable la supervivencia de Próspero en la tierra, para que bien dirigida y orientada tome la juventud de América su sitio de honor en la batalla.

¡Un Próspero como el que ahora nos daría Rodó: más siglo veinte, con estas horribles enseñanzas empapadas en sangre y en tragedia; menos creído de ciertos filósofos de la decadencia francesa o alemana, que a golpes de "pensamiento puro" querían resolver los problemas vitales del hombre, aun cuando les "estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud"; más convencido que nunca de sus propias conclusiones sobre lo que debe ser en realidad la democracia, de tal manera que no sea posible darle asiento a la par de Calibán!

¡Un Próspero de nuestros días, con la amarga experiencia de que no siempre sacaron provecho de su sabia lección final —palabras de luz y de serenidad—, aquellos estudiantes universitarios en los cuales el maestro ponía toda su fe! Adviertan los enemigos del "número", de la mayoría, que tales huestes privilegiadas dieron en nuestra América los "licenciados cultos", los "grandes cerebros", cuya actuación podrá justipreciarse en subsiguientes páginas.

¡Un Próspero, en fin, sereno junto al bronce y bajo la inspiración de Ariel, "la parte noble y alada del espíritu, genio del aire, símbolo de la razón y del sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad"; pero con mayor comprensión y experiencia de cómo sufren hoy y se desgarran aquellos a quienes llamaba Enjolras —el más joven del grupo— "ondulación perezosa del rebaño humano".



Así recordarán en todo instante los jóvenes de esta generación palabras profundas de Guyau, acerca de que “hay una profesión universal que es la de hombre”; y las de Renán, cuando afirma que “el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente humana”; y las del mismo Rodó cuando exclama por boca de Próspero:

“El honor de cada generación exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables”.

Y aconsejaba el pensador uruguayo, a sus alumnos que amaran ese tesoro y esa fuerza, marchando la juventud al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, desdeñosa frente al desengaño, colmada de estímulos y de mirajes para no desmayar en su gran horizonte de vida.

¡Supervivencia de Próspero en la tierra! ¡Supervivencia de nuestros más altos valores, dándole aliento al nuevo mundo para que alguna vez termine entre nosotros —¡y entre los otros!!— el imperio de los Calibanes!

VICENTE SÁENZ.

México, D. F., febrero de 1944.

POSICION CORRECTA DE LOS ANTIIMPERIALISTAS

— **L**OS discursos del Presidente Roosevelt, del Vicepresidente Wallace, del ex candidato republicano Wendell Willkie, e incluso de Mr. Sumner Welles, condenando el imperialismo en cualquiera de sus formas, indican por lo menos la existencia de lo que siempre habían negado los servidores criollos de ese imperialismo. —

— Indican, en otras palabras, que estábamos en lo cierto los que combatíamos las expediciones punitivas de marinos norteamericanos en algunas de nuestras repúblicas, así como el dominio del capital monopolista anglosajón en las más grandes empresas de nuestra economía semifeudal. —

Por afirmar estas cosas, por comprobarlas, se nos hacía la cruz, espetándonos aquello tan terrible de “comunistas” furibundos al servicio del Soviet; como se motejaba también—aún se les moteja—de “bolcheviques” vergonzantes, pagados con el oro de Rusia, a los hombres de mayor pureza y decisión lealmente revolucionaria en nuestro medio.

— Al cabo de los años, con su política del buen vecino, con sus rotundas declaraciones antiimperialistas, los señores Roosevelt, Wallace, Willkie, Welles, etc., han venido a darnos la razón. —

— Y han venido también a dejar constancia de cómo era totalmente falsa la actitud de “los grandes cerebros” que en el mundo hispanoamericano todo lo encubrían o todo lo negaban, para seguir mereciendo los favores de Washington y de Wall Street. —



Aún recordamos—los que tenemos interés por estas cosas—el fracaso de la Sexta Conferencia Panamericana, reunida en la capital de Cuba en enero de 1928, tan diferente de las últimamente celebradas en Lima, en Panamá, en la propia ciudad habanera y en Río de Janeiro.

Pero lo que con mayor insistencia juzgo necesario traer a la memoria, revisando viejas páginas de “Rompiendo Cadenas”, no es sólo el fracaso de aquella lamentabilísima reunión, sino el por qué de que no hubiera sido lo que todos esperábamos que fuese.

Estuvo la falla en nuestros más conspicuos “licenciados” de la diplomacia hispanoamericana, con excepciones muy honrosas en lo que se refiere al vigilante espíritu de México y a tres o cuatro jurisconsultos de las repúblicas del sur.

¡Por eso resulta inexplicable que muchos de aquellos letrados o “expertos” entreguistas, de longevidad extraordinario, sigan todavía en primera fila, como figuras insustituibles de peso completo, en todo lo que concierne a problemas internacionales!

En el citado y muy triste de recordar año 28, un diligente político peruano, de nombre o apellido Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores del dictador Leguía, no halló reparo en ponerse algo así como en cuatro pies para decir: “El Gobierno de los Estados Unidos no tiene, jamás ha tenido, propósitos imperialistas”. Y reforzaba su valioso modo de pensar con el hecho de que el Presidente Coolidge preparaba viaje a la citada Conferencia de La Habana, en donde habría de pronunciar un discurso de amor y de homenaje a Hispano América. (Libro citado, para esto y lo que sigue, que vuelve a ser de actualidad.)

Lo de Panamá, lo de Haití, lo de Santo Domingo, lo de México, los bombardeos que en esos mismos días llevaban a

cabo en Nicaragua las fuerzas aéreas y los acorazados del señor Coolidge, nada eran ni nada significaban para el famoso ex Canciller del antiguo imperio de los Incas.

Nada eran tampoco, ni nada significaban para nuestros maravillosos hombres de campanillas o de pro, las frases en que el mencionado Presidente Coolidge declaraba que los barcos de guerra de su patria irían siempre detrás de los dólares; ni las palabras del Secretario de Estado Kellogg, defendiendo a los "inversionistas" de Wall Street; ni la continuación de la "diplomacia del dólar", tocante a la corrupción y al soborno de cuantos elementos políticos "de altura" fuesen indispensables a la penetración imperialista en nuestros pueblos.

Todo eso era falso. Propaganda rusa. Propaganda comunista. Propaganda mexicana. ¡La pieza oratoria del gobernante de los Estados Unidos en el Capitolio de Cuba, daba en tierra con prejuicios, y con rencores injustificados, y hasta con la Historia misma, de la cual habría que arrancar buen número de páginas!

Lo estaba diciendo en 1928 un salomón de América, enemigo a todo trance de la labor de "ciertos elementos extraviados". ¡Y no quedaba entonces más remedio que bajar humildemente la cabeza!



¡Qué podía esperarse de Venezuela con Juan Vicente Gómez, de Bolivia con Hernando Siles, de Nicaragua con Adolfo Díaz, de Chile con Ibáñez, de Haití con Borno, del Ecuador entonces convulsionado?

El imperialismo podía de antemano considerar ganada la batalla, sin que los señores Kellogg, Hughes, Fletcher, Morrow y los demás miembros de la aplastante delegación norteamericana entrasen en acción. ¡Contaban Washington y

Wall Street con fuerzas suficientes en nuestro propio bando para obtener cualquier victoria!

El Presidente del Perú, por su parte, había declarado previamente: "Creo que las intervenciones no constituyen un peligro para Hispano América, sino una ayuda de los Estados Unidos a las naciones débiles, dadas sus luchas internas".

Adolfo Díaz, a su vez, temeroso de que en la Conferencia de La Habana surgiesen protestas contra la invasión de su país, hizo publicar el siguiente boletín:

"Si los representantes sudamericanos presentan alguna queja contra el apoyo de los Estados Unidos a Nicaragua, confrontarán la protesta inmediata de la delegación nicaragüense".

Parece indispensable no olvidar que el entonces gobierno pelele de Nicaragua sólo había sido reconocido por el señor Coolidge y por dos presidentes centroamericanos, en tanto que diecisiete cancillerías del nuevo mundo ni siquiera lo consideraban como régimen de facto. Sin embargo, pesó más la actitud anglosajona que la de casi todos los gobiernos americanos de origen latino. Y así, en las conferencias de Cuba, estuvieron sentados y gozaron de voz y voto los representantes del entreguismo nicaragüense.

A la Conferencia anterior, por el contrario, reunida en Santiago de Chile en 1923, no concurrió el Gobierno mexicano del General Obregón, en relaciones con todos los países de América pero no todavía con el régimen de la Casa Blanca. ¡Lo cual quiere decir que tuvo más peso el veto de los Estados Unidos que las relaciones diplomáticas de veinte pueblos hermanos! ✕

Eso era el imperialismo, negado por nuestros "grandes cerebros". ✕

✕ Eso era lo que condenábamos los defensores de la dignidad y de la soberanía de Hispano América. ✕

Eso es, en resumen, lo que también condenan y aseguran que ha desaparecido para siempre—a pesar de Wall Street— los altos funcionarios de Washington con cuyos nombres se inició este apunte.

132097

* * *

940.53

51270

He traído a colación trabajos míos de aquella época, no ciertamente muy lejana, porque gran parte de este libro se basa en lo que ahora se dice y ofrece desde el norte; y porque es natural que algunos “oidores” o lectores de buena fe, alzando las manos al cielo, se pregunten contristados cómo es posible que los que siempre estuvimos contra el imperalismo defendamos hoy la política del buen vecino, y apoyemos la tesis de la solidaridad continental americana.

La respuesta para los ingenuos—no para los quintacolumnistas disfrazados de demócratas—es en realidad bien simple. Estamos con la cooperación del nuevo mundo, precisamente porque somos antiimperialistas.

Estamos, en otras palabras, en términos que no admiten suspicacia, con la política que pregona el Presidente Roosevelt. ¡Con su política del buen vecino!

Mas de ningún modo ni en ninguna forma con los fascistoides que aún merodean y “aconsejan” en las cancillerías de las grandes democracias capitalistas.

Menos habríamos de estar, desde luego, con los plutócratas de Nueva York o de la City de Londres, enemigos declarados todos ellos del régimen en perspectiva, humano y democrático, que ofrecen al mundo los herederos de Jefferson y de Lincoln.

¡Enemigos de ese régimen, porque le tienen miedo al pueblo, a todos los pueblos! ¡Pero muy amigos—los “anticomunistas”—de Darlanes, Vittorios, Francos, Badoglio y espadones “democratizados” en este lado del mar, sembrando

do así la desmoralización y el desconcierto entre los que luchan efectivamente por una humanidad mejor!

¿Se ve clara la posición de los adversarios auténticos de la cruz gamada y demás imperialismos, siquiera en lo que atañe o nuestra succionada América española?

¿Se advierte por qué nos sentimos obligados a evitar las maniobras confusionistas, apoyando en forma decidida lo que dice el señor Roosevelt, lo que en México proclamaba el Embajador Daniels, lo que declaran los personajes responsables de la administración norteamericana tantas veces referidos?

¿Toman nota los lectores de la razón que nos impulsa para esgrimir esas promesas como bandera de combate, aun cuando estemos viendo y no quede más remedio que lamentar lo que ocurre, verbigracia, en Italia y en España, así como en las grandes o pequeñas repúblicas de nuestro continente, a merced de Pedros Ramírez, Hernández Martínez, Trujillos, Getulios, Tiburcios, Ubicos o Somozas?

* * *

Atacar al Gobierno del segundo Roosevelt, que ofrece hacernos justicia y que así lo proclama desde Washington; que en contraste con sus antecesores no amenaza con el envío de acorazados detrás de los dólares; que se compromete a respetar nuestra soberanía, de acuerdo con solemnes tratados multilaterales; que rinde tributo a los próceres de nuestra independencia, de quienes más allá del Bravo apenas se tenía noticia; que no sostiene, como hace algunos lustros, marinos invasores en territorio hispanoamericano, aunque sigan por allí bajo su sombra, medrando y apaleando, los déspotas totalitarios de que se hizo cita, y algunos otros más; combatir a un régimen, en fin, que ha dado la interpretación que nosotros juzgábamos indispensable a la Doctrina de Monroe, sería restarnos fuerza moral para la

liberación política y económica futura de los ciento quince millones de seres humanos que pueblan nuestra tierra, desde México hasta Buenos Aires.

Defender entonces su política de buena vecindad, y enfrentarnos a los opositores de la actitud de Roosevelt, aliados del grupo "Cleveden" y de la barbarie nazifascista; enfrentarnos a ellos y no darles punto de reposo, es un deber ineludible del hombre americano. ~

Solamente de ese modo, solamente luchando con toda decisión por la causa democrática integral—que nada tiene que ver con el capital monopolista—, y enfilándonos sin titubeo con los países que combaten al salvajismo naziteutón de la época contemporánea, podremos vivir una democracia menos falsa después de la victoria.

De lo contrario, si por ingenuidad o por torpeza ayudásemos a los falaces designios de la propaganda nazifalangista, perderíamos la oportunidad que el destino nos ha brindado para fortalecernos y mejorar nuestras condiciones de vida en lo futuro.

Perderíamos, vale decir, la coraza de una ética superior, que después de la hecatombe nos cubrirá contra los amos de la fuerza, los violadores del derecho y de la civilización, los pseudodemócratas o los totalitarios, que abusan siempre de las naciones débiles para someterlas a formas más o menos trágicas de esclavitud.

* * *

Por lo expuesto se podrá advertir cómo esta posición correcta de los antiimperialistas, difiere mucho de la actitud servil de nuestros "salomones", quienes en mitad de bombardeos y desembarcos negaban sistemáticamente la existencia del imperialismo anglosajón en nuestra América.

Claro está que si todavía prevaleciesen en Estados Unidos los Teodoro Roosevelt, los Coolidge, los Hoover, los Kellogg o los Knox; que si aún se oyese en el ambiente americano—dicho en otra forma—los macanazos del “big stick”; claro está que entonces sería muy distinta y peligrosa la situación del nuevo mundo, porque las veinte repúblicas hispanoamericanas—sus clases dignas y conscientes—mantendrían por lo menos una neutralidad benévola hacia las potencias en guerra con la nación de los “blue jackets”.

Pero ya se ha visto que el Washington de hoy no es el Washington de ayer, muy a pesar de Wall Street, o de los Butler, los Spellman, los Sheen y otros apaciguadores que vayan por allí saliendo. Y que lo que antes se hacía nada tiene de común con lo que actualmente se predica, en frases como éstas del Vicepresidente Wallace:

“Las naciones mayores tendrán el privilegio de ayudar a las más jóvenes, pero todo imperialismo debe cesar”.

“Ya no caben los países privilegiados. Los acontecimientos mundiales de esta época, y los rudos actos de los agresores totalitarios, han hecho que nosotros, los hombres de América, estemos unidos para una mutua defensa. Al ajustarnos todos a la realidad presente, defendemos las conquistas sociales por cuya realización han luchado tan animosamente los pueblos americanos”.

“Bien podemos realizar el sueño de Bolívar, el sueño de una cooperación interamericana dentro de la justicia, la libertad y el respeto al derecho de los demás”.

“Si realmente pensamos que nos batimos por una paz de pueblos, todo el resto se vuelve fácil. La India, la China, Hispano América, juegan su destino en este siglo del hombre del pueblo”.

* * *

¡Todo imperialismo debe cesar! ¡Ya no caben los países privilegiados! ¡Hispano América juega su destino en este siglo del hombre del pueblo!

Así lo proclama el Vicepresidente de los Estados Unidos, cuyo punto de vista podrá no ser el de algunos "grandes cerebros" criollos o mestizos, pero sí el de los antiimperialistas sinceros de nuestra latitud, leales a sus principios y a sus convicciones.

¡NO ATACAR A HIROHITO, REPRESENTANTE DE DIOS!

NO atacar ni rasguñar al Emperador del Japón, olvidándose de Pearl Harbor, predicando algunos demócratas o apaciguadores norteamericanos. El cablegrama sobre el particular, publicado en casi todos los periódicos al iniciarse el año de gracia de 1943, rezaba en síntesis:

“La atención con que la propaganda de Inglaterra y de los Estados Unidos trata de colocar aparte al Emperador Hirohito, por el posible papel que el Mikado podría desempeñar cuando se firme la paz, es motivo de un mensaje dirigido al “New York Herald Tribune”.

“Su autor es el perito en cuestiones orientales Wilfried Fleischer, quien asegura que durante una conferencia con los periodistas, Elmer Davis, Jefe de la Oficina de Información Bélica, hizo notar que las difusiones y las demás formas de publicidad destinadas a Italia no mencionan al Rey Víctor Manuel, así como las destinadas al Japón tampoco se refieren—ni deben referirse—al Emperador Hirohito.

“El señor Davis explicó—de acuerdo con lo que sigue informando Fleischer—que cualquier ataque personal contra el Mikado despertaría el resentimiento público de los japoneses, pues lo consideran como a su dios.

“Aunque desde hace largo tiempo puede advertirse que los propagandistas de Londres y de Washington evitan cuidadosamente todo ataque al Mikado, lo transcrito constituye la primera declaración autorizada de un alto funciona-

rio oficial, de un vocero del Gobierno norteamericano, acerca de que se trata de una política bien definida.

“Los funcionarios del Departamento de Estado no quisieron comentar lo que dijo el señor Davis; pero bien se sabe que el señor Hull, y los que con él cooperan en la política del Lejano Oriente, han convenido en que ningún provecho se saca ofendiendo a Hirohito.

“Crean esos altos funcionarios—¡entre ellos se moverá sin duda Lord Halifax!—que el Emperador no fué responsable personalmente de que su país entrase en la guerra contra los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Y esperan que el Mikado pueda desempeñar un papel muy útil cuando se firme la paz, después de la derrota de su Imperio”.

* * *

Lee uno semejantes cosas y no acierta a comprenderlas, sobre todo si se hace memoria de que el 7 de diciembre de 1941, después del Consejo Privado de la Corona, reunido en sesión extraordinaria cuando aún no se apagaba el incendio ni se recogían los cadáveres de las posesiones inglesas y norteamericanas bombardeadas, proclamó Hirohito por medio del Primer Ministro, Hideki Tojo:

“Nos, por la gracia del Cielo, Emperador del Japón, sentado en el trono por una línea ininterrumpida de edades eternas, nos dirigimos a vosotros, nuestros leales y bravos súbditos, haciéndoos saber que hemos declarado la guerra a los Estados Unidos de América y al Imperio Británico.

“Los hombres y oficiales de nuestro ejército y de nuestra imperial armada deben hacer lo mejor que puedan para proseguir la guerra. Nuestros públicos sirvientes, de los varios departamentos, deben actuar llenos de diligencia y de fe en el desempeño de sus labores. Y todos los demás súbditos de nuestra Corona tendrán que cumplir con sus respecti-

vos deberes, prestando ciega obediencia a Nuestros Reales Mandatos.

“Toda la nación debe movilizar sus fuerzas unidas, de modo que nada pueda faltar para el cumplimiento de Nuestras Imperiales Ordenes y de nuestra Real Voluntad”.

El Primer Ministro Tojo, por su parte, completó la proclama de Su Majestad mikadista con las siguientes palabras, para cuyo cinismo sobran comentarios:

“Asegurar la solidez de estas edades y contribuir a la paz del mundo es la política trascendental que ha sido formulada por nuestro grande, ilustre, imperial Gran Señor, y lo que siempre hemos llevado en nuestro corazón. Cultivar la amistad entre las naciones y gozar de la prosperidad en común con todos los países, ha sido siempre el principio que ha guiado la política exterior del Imperio.

“Más de cuatro años han pasado desde que China, no pudiendo comprender las verdaderas intenciones de nuestro Imperio, e insistiendo en causar disturbios, perturbó la paz del Asia Central y nos compelió a tomar las armas.

“A pesar de que ha sido restablecido el Gobierno nacional de China, con el cual el Japón mantiene intercambio y cooperación como corresponde a vecinos, el régimen que ha sobrevivido en Chunking, alentado por la protección americana y británica, todavía continúa en oposición.

“Ha sido algo inevitable, por lo tanto, y muy lejos de nuestros deseos, el que nuestro Imperio se haya visto obligado a cruzar espadas con América y con la Gran Bretaña”. (Libros anteriores del autor: “Guión de Historia Contemporánea”, “Cosas y Hombres de Europa”.)

* * *

Salta de todo ello a la vista que el Emperador del Japón, “sentado en el trono por una línea ininterrumpida de

edades eternas”—por eso, ni más ni menos—, es el más directo responsable de la hecatombe en el Pacífico oriental y en la China, como Hitler en Europa, ya que a Mussolini no es posible tomarlo en cuenta, sino para que purgue sus crímenes cuando le llegue la hora.

Imaginarse que el pequeñín monarca italiano o que el Emperador de los ojos oblicuos “puedan desempeñar un papel útil” en la postguerra, es algo tan absurdo, tan fuera de razón, tan desmoralizador, que sólo es posible explicarlo como una nueva y delictuosa forma de apaciguamiento, parecido al de Noráfrica.

Afirmar que el Mikado “no fué personalmente responsable de que su país entrase en la guerra contra los Estados Unidos y la Gran Bretaña”; y pedir, por añadidura, que no se le ataque para evitar “el resentimiento del pueblo japonés”, podría conducir a prédicas más o menos iguales con relación al Fuehrer, representante también de la divinidad, según los nazis. ¡Sería cuestión sumamente grave, entonces, “despertar el resentimiento” de muchos millones de alemanes y de muchos millones de alemanas!

Mas ya se dijo que precisamente por eso, porque ellos se proclaman y sus pueblos los consideran como dioses, es de mayor alcance su responsabilidad. Y por eso, concretando estos apuntes a Hirohito, habría de ser más intensa la campaña de los aliados en contra suya, y mejor dirigidas contra el Palacio Imperial de Tokio las bombas de los aeroplanos que luchan contra la barbarie y contra toda clase de fanatismos.

¡Pero ya vió el mundo en 1942, al ser condecorado el piloto que dirigió el primero y único bombardeo de ese año contra la capital nipona, de qué manera se tuvo especial empeño en dar la noticia de que dicho comandante había recibido órdenes expresas, instrucciones terminantes, de no ha-

cer daño ninguno a Su Majestad ni a sus posesiones imperiales!

Matar a inocentes y no a culpables, bombardear ciudades y no, con puntería certera, los palacios de los Hirohitos rubios o amarillos, son cosas que nadie, con espíritu de justicia, será capaz de aprobar ni de aplaudir.

¡Tampoco hay manera de levantar el ánimo a posibles héroes, con declaraciones oficiales, inspiradas en las de Mr. Hull, afirmando que el muchacho que perdió la vida por haber ejecutado con tres disparos purificadores a Darlán, debe pasar a la Historia como reo execrable de un vulgar y cobarde asesinato!

¡¡Qué distinta sería la situación de Europa si surgiesen, entre tantos millones de adultos, unos cuantos hombres dispuestos a sacrificarse por el género humano, ajusticiando sin merced a los Quislings y a los posesos desenfrenados del viejo continente!!

HE IS OUR JESUS CHRIST

DURANTE la campaña electoral de 1940, una de las más intensas que se han registrado en la historia norteamericana, todas las esperanzas de la reacción, todas las ilusiones de los banqueros y todos los sueños de la pseudo-aristocracia anglosajona, convergían hacia la candidatura del joven y contradictorio empresario Wendell Willkie. Lo lanzaron los republicanos al ruedo de su política, porque no tenían personaje ninguno de prestigio, ningún gran estadista, nadie que pudiera enfrentársele con ventaja a la figura prestigiada y popular de Franklin Roosevelt.

Odiaban las clases parasitarias, como lo siguen odiando, al único Presidente que ha logrado romper la tradición, tan arraigada en la patria de Washington y de Lincoln, de que no podían ni debían aceptar un tercer mandato los gobernantes de aquella democracia.

Odiaban a Roosevelt, como lo siguen odiando, por su sistema del "new deal" o "nuevo trato"; por la devaluación del dólar; por su respaldo a los sindicatos de trabajadores; por el auxilio del Estado a millones de hombres y de mujeres sin trabajo; por el aumento de contribuciones sobre utilidades, en escala ascendente, conforme son mayores los ingresos; por haber controlado las finanzas, el tipo de interés y el encaje de oro de los bancos, mediante la organización de la Reserva Federal; por la implantación, en fin, del Seguro Social y de otra serie de medidas y de realizaciones en beneficio del noventa por ciento de la gran masa productora norteamericana.

Lo odiaban, además, por su política del buen vecino, ya que el capital monopolista de Wall Street consideraba, y sigue considerando a Hispano América, como bien mostrenco de sus llamadas inversiones y de su inmoderado afán de lucro.

Willkie, entonces, era la salvación de los grandes intereses reaccionarios o imperialistas de los Estados Unidos. Sería el heredero del primer Roosevelt; de los señores Taft y Knox, con su diplomacia del dólar; del beatífico de Coolidge, quien sostenía la tesis de que los marinos y los acorazados siguiesen y "protegiesen" en las repúblicas del sur a las compañías concesionarias y a los prestamistas, estilo Morgan, que nunca en realidad habían prestado nada a nuestros pueblos.



De modo, pues, que Willkie sería la salvación de los grandes enemigos de la democracia, de los adversarios del "new deal", de los que no aceptaban ni aceptan la política del buen vecino, cuyos frutos se pueden apreciar ahora.

(Insisto en repetir que si no se hubiera establecido esa política, que si en Washington dominasen todavía los partidarios del "big stick", medio continente americano, desde México hasta el extremo sur del hemisferio occidental, no se hubiera alineado con las grandes potencias democráticas, que a la postre han tenido que enfrentarse a la agresión totalitaria.)

"He is our Jesus Christ", (El es nuestro Jesucristo), exclamaban llenas de alborozo las esposas y las hijas de los magnates de Wall Street, mientras saboreaban su taza de té o sus vasos de "high ball" en los lujosos clubs de Nueva York, de Boston, de Filadelfia o de Chicago.

"¡He is our Jesus Christ!" Y llegó el día de las elecciones. Pero vino a resultar que todas las agencias norteamericanas de publicidad, desde la madrugada del 6 de noviem-

bre de 1940, terminados ya los escrutinios, dieron al mundo la noticia de que el Presidente Roosevelt había sido reelecto para un tercer período, triunfando definitivamente sobre el señor Willkie.

Cuatrocientos setenta y nueve votos electorales obtuvieron los demócratas, de acuerdo con el complicado sistema, de arrastres y de promedios, que emplean los técnicos de la política norteamericana para calcular sus triunfos o sus derrotas.

El partido de las minorías capitalistas, entretanto, a pesar de su gran poderío y de sus combinaciones plutocráticas, ganó solamente en nueve Estados, con setenta y tres votos electorales.

Como resultado de esos cálculos el Presidente Roosevelt logró afianzar su fuerza política, tanto en las curules senatoriales como en los escaños de la Cámara de Representantes.

Pudo entonces el Gobierno de Washington intensificar sus actividades anteriores a la reelección de Roosevelt, francamente antitotalitarias, no sin que sea curioso observar que a esa política se fueron agregando, de buena o mala fe, en el transcurso de muy pocos meses, incluso aquellas fuerzas que deseaban mantener a los Estados Unidos al margen de la guerra.

Y he aquí también que, al correr de poco tiempo, aquel a quien le decían las señoras suspiradoras de Wall Street "Our Jesus Christ", se puso con más o menos habilidad al servicio de la causa democrática.

Visitó a los chinos; estuvo en Rusia; defendió a la India; dió ánimo para su liberación a las repúblicas hispanoamericanas; y empezó a condenar, con tanto brío como el propio Roosevelt y como el Vicepresidente Wallace, la explotación imperialista, en cualquiera de sus formas, asegurando estar de lleno con los postulados de la Carta del Atlántico.



“Después de esta guerra los Estados Unidos se enfrentarán con un gran problema: construir una paz firme, justa y duradera”.

“La antorcha de la civilización está en nuestras manos para realizar el sueño de una cooperación interamericana dentro de la justicia, la libertad, la democracia y el respeto al derecho de los demás”.

A esas frases del Vicepresidente de los Estados Unidos creyó necesario agregarse Mr. Sumner Welles, con estas otras:

“Ninguna paz futura será posible ni durable, si no establece de manera completa los derechos naturales de todos los pueblos a un goce igual de los bienes económicos”.

“La época del imperialismo ha terminado. El derecho de los pueblos a su independencia se debe reconocer y respetar, del mismo modo que el mundo civilizado reconoció, desde hace mucho tiempo, el derecho del individuo a su libertad”.

Y a esos postulados oficiales de Washington, reforzándolos, replicó el señor Willkie en forma tan decisiva y de tal manera contundente, que al oírlo o al leerlo es probable que no le siguieran aplicando las encumbradas damas de Wall Street el mote de “Our Jesus Christ”. Decía Mr. Willkie:

“Esta guerra es una gran coalición de pueblos que sostienen una lucha sangrienta por su libertad, o no es nada”.

“Debemos manifestar el común propósito que nos anima a todos. De otra manera corremos el riesgo de habernos sacrificado para ganar una guerra sin ningún propósito”.

“Debemos impedir que reaparezca la diplomacia del dólar. Debemos estar alerta contra el empleo de la fuerza moral de los Estados Unidos, para la conservación imposible del viejo orden internacional que fué el terreno fértil de la actual contienda. Debemos aceptar los cambios económicos que ocurrán en el mundo”.

“No bastan las declaraciones de los jefes de Estado. Son los pueblos quienes deben estar convencidos y quienes deben exigir que esos propósitos se practiquen, no después de la guerra sino mientras combatimos”.

Refiriéndose a la Carta del Atlántico agregó el señor Willkie, con mucho énfasis: “La Carta suscrita por el Presidente Roosevelt y por el primer Ministro de Inglaterra, debe ser complementada con una Carta Magna del Pacífico y con una Carta Magna del mundo entero. Todos los demócratas están de acuerdo en la necesidad de abolir la esclavitud y el imperialismo, dando libertad a los pueblos oprimidos”.

“Estoy de acuerdo con el programa del Primer Ministro José Stalin: abolición del racismo; igualdad entre las naciones e integridad de sus territorios; liberación de las naciones subyugadas y restauración de sus derechos soberanos; ayuda económica a los pueblos que han sufrido y que tienen quebrantada su economía”.

Contestó entonces el Presidente Roosevelt: “La Carta del Atlántico se aplica, tendrá que aplicarse a toda la humanidad, como el Secretario de Estado y yo lo hemos dicho reiteradamente”. Pero a eso repuso todavía el señor Willkie, no obstante su conocido afán de quedar bien con las derechas:

“Vivo bajo el constante temor de que la guerra terminará antes de que los pueblos del mundo hayan cobrado conciencia de por qué luchan, y formulado sus aspiraciones para después de la guerra”.

Frases como las transcritas, aun cuando carezcan de sinceridad; declaraciones tan rotundas como las anteriores, son precisamente las que deben aprovechar los pueblos y los estadistas hispanoamericanos, para que en la postguerra no nos encontremos como estuvimos en Versalles después de la primera conflagración mundial.

UNION DEMOCRATICA CENTROAMERICANA

TODAS las naciones que luchan por la democracia, sus intelectuales, sus estadistas, las clases trabajadoras, no solamente se han venido preocupando de los problemas de la guerra, tan importantes, tan decisivos, sino también—y cada día con mayor empeño—de la situación que la humanidad tendrá que afrontar en la postguerra.

Las repúblicas centroamericanas, entretanto, no podían o no querían darse cuenta de lo que significa esta hecatombe. Marchaban con su ritmo medioeval, con sus carretas de bueyes y el arado egipcio, no obstante el zumbido de los aviones de un extremo a otro del Istmo, el resonar de los más modernos aparatos de radio, todo lo que implica la supercivilización contemporánea—¡o la explotación contemporánea!—, llevada casi siempre allí por grandes empresas extranjeras.

Silencio. Temor de discutir. Inhibición. Falta de “clima”. Eso era Centro América y eso sigue siendo, en sus cuatro quintas partes dominadas por sargentones, porque ni el sér humano ni los países pueden respirar, cobrando salud y fuerza, cuando falta el aire y se carece de oxigenación. Pero hay indicios, por fortuna, de que al menos cierta clase de los pueblos morazánicos, moral e intelectualmente selecta, decide al fin buscarle remedio a tan larga y continuada asfixia.


* * *

Prueba de ello es la fundación del “Frente Unionista Nacional Centroamericano”, con sede en San Salvador. Su

ideario, sus postulados, enfocan certeramente la realidad de aquellos pobres y trágicos países cuartelarios.

“Los pueblos de Centro América—dicen los organizadores de la referida agrupación—forman una comunidad con iguales o semejantes elementos de idioma, costumbres, religión y experiencia política; tienen común origen racial y habitan un territorio de evidente unidad geográfica, propicio para la cooperación y la convivencia en sus formas más elevadas de fraternidad y de ciudadanía”.

Y agregan que la situación actual, que la división de Centro América, la priva de grandes y de fecundas oportunidades para su libertad y para su grandeza, así como para el funcionamiento integral de instituciones efectivamente democráticas.

Auspicia el “Frente Unionista” la forma republicana de gobierno, dentro del sistema federal; declara que tiene fe en la fraternidad del Continente, y que trabajará para que Centro América pueda concurrir, con las demás naciones del nuevo mundo, a la organización de un frente solidario en defensa de la libertad y de la democracia; se compromete a luchar con devoción y fervor cívicos por una máxima igualdad económica, dentro de un estricto sentido de justicia, como único medio posible de que pueda capacitarse ampliamente el desarrollo integral de la persona humana; y se refiere, entre otros puntos importantísimos de su programa, a la nacionalización de los servicios públicos de transporte, comunicaciones eléctricas, irrigación, seguros, cajas rurales y navegación marítima y aérea. 

* * *

Simultáneamente, en la segunda semana de 1943, se ha formado también en México, respaldado por centenares de los mejores elementos de las cinco repúblicas istmeñas, el

grupo en el destierro de "Unión Democrática Centroamericana".

Sus principios son más o menos los mismos del núcleo de San Salvador. Sus trabajos de orientación tienden al mismo fin. Sus estudios y el plano de altura que normará todos sus actos, indican que ha pasado en Centro América la etapa de la demagogia fácil, de la cursilería política y de los golpes de cuartel a ciegas, para entrar de lleno en una era de reconstrucción profunda y de auténtica ciudadanía.

La Carta del Atlántico, las conquistas de la revolución mexicana, la legislación obrera de la Oficina Internacional del Trabajo, las declaraciones del Vicepresidente de los Estados Unidos y del ex candidato republicano Wendell Willkie, lo que el propio Presidente Roosevelt ha podido realizar en la Federación anglosajona, con su justiciera política social en beneficio de las mayorías; todo eso—para que los pazguatos o los reaccionarios no empiecen a hablar de "comunismo"—forma el programa mínimo de "Unión Democrática Centroamericana", como forma igualmente el programa mínimo del "Frente Nacional Unionista" de San Salvador.

No se trata, entonces, de pequeña politiquería, ni de atacar a hombres que por sí solos se vendrán al suelo, ni de pregonar que la responsabilidad de lo que sucede en aquel ambiente debe recaer exclusivamente sobre determinados sectores, "ya que todos, en conjunto, participan también de esa responsabilidad".

Se trata de algo más hondo, que probablemente no podrá resolverse en territorio centroamericano, mientras la democracia sólo siga siendo un mito en Centro América. Se trata, en resumen, de tomar posiciones para un futuro más o menos próximo, con un arraigado sentido de humanidad y de justicia.

Cuando llegue el momento de discutir la paz, cuando tengan que plantearse ante la conferencia mundial de las Na-

ciones Unidas los problemas regionales, Centro América—¡no su cuadrilátero de bajísimos militaroides!—tendrá que hacer acto de presencia en aquellas deliberaciones.

¡Acto de presencia! Y un grupo de centroamericanos conscientes estará preparado para que allí se proclame, ante la faz del mundo, por qué y para qué se alinearon con los enemigos de la barbarie, con los defensores de la democracia, los pueblos tiranizados de la América Central.

LARGO CABALLERO, FRANCO, WASHINGTON
Y LONDRES

CONTINUA en grave peligro el líder socialista español, nervio motor de la Unión General de Trabajadores de su patria, don Francisco Largo Caballero.

En peligro ha estado, en realidad, desde el propio día del derrumbamiento de la República, cuando el austero discípulo de Pablo Iglesias tuvo que salir para Francia, en tanto que las hordas de Hitler y de Mussolini se hacían dueñas de España.

Ahora que su vida corre tanto riesgo en manos de Pétain o de la Gestapo, que es como encontrarse en poder del sanguinario Generalísimo, a quien todavía tratan de apaciguar los munichistas—y otros que no lo son—, bien vale la pena recordar algo de lo que me dijo tan incansable batallador, en septiembre de 1936.

Presentábalo a la sazón la propaganda reaccionaria como a un furibundo destructor de vidas y de propiedades; como a un “terrible bolchevique”, enemigo personal de Dios, de la familia y de la patria; como al “rojo” más violento y temerario que jamás hubiese nacido en tierra hispana.

Leía yo tales cosas, quedándome asombrado de que la falacia de las “gentes de orden” pudiera llegar a tales extremos, en sus campañas de difamación y escándalo. Mi asombro era cada vez mayor, conforme iba yo conociendo y tratando más íntimamente a este hombre de avanzada edad, todo sencillez, limpio, robusto, afeitado, de ojos azules y penetrantes, que vestido de miliciano acudía todas las mañanas

a levantar, con su presencia, el ánimo de los combatientes en el Somosierra.

Se daba cuenta cabal de las consecuencias de la lucha. Varias veces me dijo que el ataque armado de las clases parasitarias provocaría, tarde o temprano, una inevitable transformación política y económica de la sociedad española. Y me explicaba cómo las fuerzas antihistóricas estaban acelerando lo que pudo haberse hecho sin la violencia revolucionaria, que tanto temían, y que ellas mismas desataban en su ataque contra el pueblo. He aquí, textualmente, algunas frases de Largo Caballero, recogidas en "España Heroica" con mayor amplitud.

* * *

"Pudo haberse transformado España, después del triunfo electoral de las izquierdas, si los republicanos hubiesen comprendido la imposibilidad de conciliar intereses irreconciliables. Pero algunos políticos creyeron, de buena fe sin duda, que bastaba con promulgar leyes que no se cumplen, o con escribir y pronunciar discursos defendiendo, por ejemplo, la reforma agraria, aun cuando los campesinos de Andalucía hayan contestado una y otra vez: "No comemos tierra".

"Lo que usted está viendo es la cuartelada de mayores proporciones que registra nuestra Historia. No la han provocado los que nada tienen, sino precisamente los dueños de todos los derechos y de todas las ventajas. Eso explica que frente al crimen de las castas dominantes, se organice y se ponga en marcha la gran revolución de un pueblo como el nuestro, que no hace más que defenderse desesperadamente contra sus enemigos ancestrales.

"El Gobierno tendrá que ponerse a tono con la nueva realidad que están creando las masas trabajadoras. Si deter-

minados elementos oficiales, sin conciencia revolucionaria, pretendiesen volver al sistema de las transacciones de épocas pasadas, esta horrible tragedia volvería a repetirse en el transcurso de muy pocos años, porque la reacción tomaría nuevos bríos para seguir ahogando y atacando al pueblo.

“Semejante cosa—agregó con énfasis Largo Caballero—no puede ni debe ser. Resultaría inconcebible que después de tan sangrienta hecatombe, continuásemos en simple republicanismo sin contenido social.

“La base del orden es la justicia. El hambre, la miseria, la explotación, constituyen una tremenda injusticia. Y mientras esta injusticia no se remedie, mientras no se reste poder a los capitalistas, mientras no cambie totalmente la realidad de España, seguiremos teniendo conflictos y choques inevitables entre oprimidos y opresores”.

* * *

Me refirió después don Francisco Largo Caballero, con calma, con serenidad, con llaneza extraordinaria, de qué manera el Gobierno del Frente Popular, tratando de evitar complicaciones, no había puesto en vigencia un programa muy simple de transformación social, “sin postulados extremistas ni cosa que se le parezca”. Y aclaró así su pensamiento:

“Unos cuantos puntos básicos que nada tienen de radicales ni de utópicos, y que hubieran permitido una revolución desde arriba, una revolución en frío, puesto que ya las izquierdas estaban en el poder”.

Pidió don Francisco a su secretario los postulados a que se estaba refiriendo. Eran, en síntesis, los siguientes:

Nacionalización de la Banca. Adopción de medidas contra la fuga de capitales. Expropiación de los grandes latifundios, respetando la pequeña propiedad rural. Desarrollo

de un extenso plan de política hidráulica. Urbanización de las poblaciones campestres, dotándolas de medios sanitarios y de elementos culturales. Cumplimiento de las leyes promulgadas en beneficio de los trabajadores. Sanciones penales para los que vulneren la legislación social. Transformación del régimen de prisiones y abolición inmediata de la pena de muerte. Ratificación parlamentaria de los convenios aprobados en Ginebra por la Oficina Internacional del Trabajo.

* * *

Tenía yo ante mis ojos un programa tan moderado, tan humano, y no acertaba a comprender la actitud titubeante del Frente Popular para ponerlo en práctica.

¡Se quería apaciguar en esa forma a las derechas! Mas ya estaba constatando España—como vino después a constatarlo el mundo entero—, lo que significa el apaciguamiento, así en el interior de los países como en política internacional.

¿No eran buenos al sur de los Pirineos los reglamentos aprobados en la capital de Suiza por la Oficina Internacional del Trabajo?

¿Podía, en justicia, calificarse de rojos y de extremistas a hombres como Largo Caballero, que sólo pugnaban por mejorar la situación miserable de las grandes mayorías desposeídas?

¿No ha sido, por ventura, más radical que todo eso el Presidente Roosevelt con su “nuevo trato”?

“Aun en monarquías como Suecia, Holanda, Noruega, Dinamarca, Bélgica, la Gran Bretaña—terminó diciéndome Largo Caballero—ha estado protegido el proletariado con más amplias seguridades que las que yo quisiera para el pueblo español”.

Pero la propaganda fascista se le echó encima. Y encima se le echaron muchas gentes que se decían cristianas. Y no

sería remoto que al cabo de todo lo que ha sufrido y padecido en su destierro de la Francia de Pétain y de Laval, tenga que pagar con la vida—en nombre de la catolicidad de Franco—el delito de haberse enfrentado a los traidores de la península y a las fuerzas combinadas del nazifascismo europeo.

¡Las grandes potencias unidas, entretanto, mantienen la obsesión de complacer y atraerse al Neutralísimo de la anti España, incluso negándole petróleo para que rompa con el Eje!

¡Seguirán apaciguándolo, a pesar de sus rotundas frases antidemocráticas; y no obstante su famosa División Azul, que pelea contra el Soviet a la zaga de jefes alemanes; y en desacuerdo, además, con todo lo que se ofrece en la Carta del Atlántico, ratificada posteriormente en Moscou, en el Cairo y en Teherán?

HIMMLER Y OTROS JEFES NAZIS DE MANICOMIO

EL Comité Central Israelita de México, por medio de carteles, conferencias y notas en los más importantes periódicos, ha dado a conocer nuevos y terribles detalles, verdaderamente pavorosos, sobre la trágica situación de los hebreos en los países ocupados por la barbarie tudesca.

Según lo que informa dicho Comité, el poseso Fuehrer nacido en Austria, a quien siguen y sostienen tantos millones de germanos con la cabeza cuadrada, está dispuesto a cumplir lo que ofrece en su "Mein Kampf", tocante a la necesidad de acabar con los israelitas del viejo continente, que ya el amo del Reich tiene bajo su dominio en los territorios hollados por sus hordas.

Calculan los hijos de Israel, avecindados en México, que la sentencia de Hitler incluye a no menos de cinco millones de hombres, mujeres y niños, quienes en el curso de varios meses han sido concentrados en diversas poblaciones para su fusilamiento, o para suministrarles la muerte por inanición.

Muchos millones parecen ser los que acepta como verídicos la colonia semita de esta gran ciudad azteca; pero en todo caso sí puede tomarse como no exagerada una noticia cablegráfica de principios de año, fechada en Londres, en la que el Gobierno polaco, establecido en dicha capital, asegura que sólo en cuatro semanas los nazis han dado muerte en Polonia a más de treinta y cinco mil judíos.

Explica el parte de referencia que los habitantes de cinco poblaciones polacas fueron sometidos al terror brutal na-

ziteutón, con el saldo mencionado de asesinatos; y que otras setenta y ocho mil personas hebraicas han sido condenadas a trabajos forzados, o reclusas en tenebrosos campos de hacinamiento.

Tanto las noticias procedentes de Inglaterra, como las que en México circulan, coinciden en afirmar que para la ejecución de las órdenes del Reich, funcionan sin descanso en Europa lo que llaman los nazis "Comisiones de Exterminio".

Y aun ofrecen pruebas fehacientes sobre la aniquilación de seres humanos mediante el degüello, ametrallamientos en masa, asfixia con gases venenosos, electrocución, etc., así como por el criminal sistema de enterrar vivos a los sentenciados, después de obligarles a cavar sus propias fosas.



Tales atrocidades, que no solamente sufren los israelitas, son obra por lo general de la Gestapo, de cuyo abominable "gran maestro" ha escrito su compatriota Rudolph Fuerth:

"El jefe de esta tenebrosa organización, el apacible vegetariano Heinrich Himmler, se siente satisfecho de que lo consideren en Europa como al mayor asesino de todos los tiempos. Y para que nadie pueda superarlo, amenaza a sus subalternos "por exceso de blandura", considerando demasiado insignificante el número de ajusticiados de sol a sol".

Después de trazar algunos apuntes biográficos de tan horripilante bestia arionórdica, vergüenza de la especie humana, ofrece el escritor citado pormenores escalofrantes sobre el número de sus víctimas. Relata, entre otras muchas que causan pavor, atrocidades como la siguiente:

"En Rusia los comandantes de la Gestapo atan en grupos a los prisioneros soviéticos, lanzándoles bajo pesados tanques alemanes para que los trituren. La explicación de Himmler, una y otra vez, se reduce a repetir que con ese

procedimiento Alemania puede ahorrar enorme cantidad de municiones”.

* * *

Leemos acá en América estas cosas, y no acertamos a comprender que semejantes monstruos puedan seguir vi- viendo y prosperando en la supercultura Europa.

Son hombres anormales, se dirá, como el propio Hitler, como Goering, como Goebbels, como los demás cabezas cua- dradas o sus cómplices, que han hecho del viejo mundo y de algunas otras regiones del planeta un enorme matadero.

Sí. No cabe duda. Son hombres anormales. El ya citado Himmler, por ejemplo, lo mismo que su “amado Adolfo”, es enemigo de las mujeres; no come ninguna clase de carne; no bebe alcohol; ni siquiera soporta el café; y después de firmar cada noche centenares de sentencias de muerte co- lectivas, se encierra en sus habitaciones a ordenar y colec- cionar timbres postales, o a poner en orden la contabilidad de la granja de volátiles que posee cerca de Munich.

Acaso deba también agregarse, como prueba de anorma- lidad, que mientras este asesino organiza nuevos campos de concentración, en donde los hombres y las mujeres perecen a montones, “el apacible Enrique se siente muy honrado con su título de benefactor de las sociedades germanas protecto- ras de animales”.

• • •

Sí. No cabe duda. Son hombres que nada tienen que ver con la razón ni con la civilización. Son bestias de manico- mio. Son carniceros como jamás la Historia pudo imaginarlos.

¿Pero son igualmente hombres anormales, son bestias de manicomio los que ejecutan las órdenes sanguinarias de los

altos jefes del Reich? ¿Y no son hombres que pudieran acabar con tanta iniquidad los israelitas, o los no israelitas, cuyo final de todos modos será el cadalso?

Eso es lo que uno, desde este lado del Atlántico, no puede comprender. Ni Hitler, ni Goering, ni el jefe de la Gestapo, ni Mussolini, ni Pétain, ni Antonescu, ni Franco, ni Laval, ni tantos asesinos y traidores europeos viven en torre de acero, o en sitios a los que no pueda llegar algún hombre de bien y de valor, que tenga noción exacta de lo que es la dignidad humana.

¡Bien lo dice el caso de Darlán, abatido a la postre, con tres disparos certeros, el 24 de diciembre de 1942!

Por temor a equivocaciones, sin embargo, la supresión individual ha tenido que condenarse como método peligroso. Mas en el caso concreto de esta conflagración no caben equivocaciones. Un plomo bien disparado, un puñal bien dirigido, unos cuantos gramos de estricnina, hubieran economizado al mundo torrentes de sangre, millones de vidas.

Nunca como ahora habrían podido cumplir una misión histórica ejemplar los anarquistas, tan poderosos y tan decididos en los países mediterráneos. ¡Mas he aquí que hasta en eso ha fallado Europa!

Y así vemos que “los hijos del Duce”, Francos y Badoglio, siguen dominando; y que el señor Pétain y el señor Laval, si a las democracias no se les ablanda extraordinariamente el corazón, lo más que puede esperarse es que sean llevados ante tribunales militares o comunes después de la victoria.



Si eso ocurre a orillas del Mediterráneo, poco habrá entonces que esperar de las razas “superiores”, de los fríos y fanatizados swastiqueños, gregarios por naturaleza, tocan-

te a supresión individual o a la justicia inmediata que los propios pueblos serían los llamados a ejecutar en Viena, en Berlín, en Munich, en Hamburgo, en las ciudades escandinavas, en Roma, en Madrid, en lo que fué Lutecia, en la ciudad de las aguas termales, allí donde sea necesario acabar definitivamente con el salvajismo feroz de los totalitarios.

No son otras las consideraciones que puede uno hacerse, cada día más desconcertado, frente a lo que ha sucedido y sucede en esta crisis de la humanidad.

¿Producirán los israelitas al héroe o a los héroes que hagan de sus asesinos lo que ya se hizo con Reinhard Heydrich?

“No matarás”, dijo Jesús de Nazareth.

“No matarás”, proclama veinte siglos después el mundo civilizado.

Sí. ¡¡Pero no te dejes matar!!

Y al hijo del hombre no le queda entonces más remedio que apuntar con decisión a sus verdugos.

VENEZUELA DEFIENDE SU PETROLEO

HACE algunos días me permití explicar, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, lo que ha significado para nuestros países semif feudales la explotación de su territorio por la voracidad del capital monopolista extranjero.

Grandes sociedades anónimas, cuyos accionistas no tienen la menor idea de lo que son aquellos pueblos.

Dividendos que se reparten los concesionarios del exterior.

Contribuciones fiscales ínfimas, de las cuales podrían prescindir, sin quebranto, los gobiernos de las naciones victimadas.

Salarios irrisorios para los trabajadores.

Enfermedades tropicales.

Miseria.

Nada, en resumen, que justifique la vieja tesis de nuestros "hacendistas" liberales del siglo XIX, tocante a la necesidad de que se hagan inversiones—que a la postre no son inversiones sino succiones—en territorios carentes de capital.

Hice ver en tan benemérita tribuna la urgencia de que, con toda claridad, nos demos cuenta de nuestra situación y aprovechemos en Hispano América el sacudimiento actual del mundo, para protegernos y alcanzar un nivel de vida menos inhumano.

Nivel de vida que, por otra parte, es el que predicán para la postguerra personajes de respetable talla, entre ellos los ya muy citados representantes oficiales de las Naciones Unidas, en diversas asambleas y entrevistas de prensa.

* * *

Caso típico de lo poco que deja y de lo mucho que asfixia y acogota el capital monopolista, lo tenemos en Venezuela con su gran producción de petróleo.

¡Caso tan elocuente que el 17 de enero de 1943 tuvo lugar en la ciudad de Caracas, con el apoyo de grandes masas populares, una significativa manifestación en respaldo de la política petrolera del actual Presidente de la República, General Isaías Medina Angarita!

¿Y cuál es la política petrolera del gobernante venezolano? Ojalá pudiera equipararse a la política petrolera del Presidente Cárdenas de México, como lo explicó editorialmente "El Popular", en su edición del 30 de enero de 1943. Valdría la pena que ese editorial del gran diario de los trabajadores mexicanos se hiciese reproducir a todo lo largo y a todo lo ancho de nuestra América. Dice así, entre otras cosas:

"Más, mucho más que México, Venezuela depende de su petróleo. Su producción aceítifera es tan vasta, tan intensa, que casi monopoliza la economía del país; pero, al mismo tiempo que la nutre, pesa sobre ella como una fuente perenne de zozobras, inquietudes, dificultades y conflictos.

"Venezuela es el tercer productor de petróleo del mundo. Y como en el caso de México, ya se sabe cuál es el obstáculo enorme, el temible enemigo que se opone a un disfrute equitativo de su riqueza fundamental. Una nación en lucha con una extensa y apretada ramificación internacional de intereses industriales, comerciales y financieros, conectados a su vez con una gigantesca estructura de fuerzas políticas, diplomáticas e incluso militares.

"Si Venezuela es capaz de "conquistar" su petróleo, será libre, rica y fuerte. De lo contrario, su futuro no podrá ser sino la repetición agravada de su pasado y de su pre-

sente: opresión extranjera, miseria, atraso cultural, inestabilidad y desorden políticos. Tal es el dilema histórico que las generaciones venezolanas de esta época deben resolver en breve plazo”.

* * *

Cabe suponer y esperar que Venezuela resolverá favorablemente su problema petrolero, tarde o temprano, en la misma forma en que México pudo hacerle frente a los poderosos y amenazantes consorcios del codiciado hidrocarburo.

Sin duda que, como compás de espera, el Presidente Medina Angarita ha iniciado una serie de gestiones jurídicamente irreprochables, para que su país obtenga “una participación menos ruinoso, menos injusta, en lo que producen sus yacimientos petrolíferos, pignorados a compañías extranjeras que ganan, como promedio, doscientos millones de dólares anuales”.

Y todos los partidos, todas las clases sociales, los jóvenes, los viejos, las mujeres, los niños—lo mismo que ocurrió en México el 24 de marzo de 1938, según hace memoria “El Popular”—, se reunieron para expresarle al mandatario venezolano su adhesión, su confianza, su alegría por esa política de indiscutible patriotismo.

“Delante de esa multitud enardecida de esperanza—agrega “El Popular”—el Presidente pudo sentirse fuerte, iluminado y austero, para decirle a su pueblo: “Venezolanos que estáis en Los Caobos, venezolanos que estáis en Aure, venezolanos que estáis en Ciudad Bolívar, venezolanos de Maracaibo y Coro, de los Andes y de los Llanos: aquí palpita en este momento, suave y fuerte, el corazón de Venezuela”. Y refiriéndose a su nueva política petrolera:

“La anuncié tranquilamente, con esa tranquilidad de las cosas que son fatales y que tienen que suceder. Y la anun-

ció porque la había estudiado; porque tenía colaboradores que me ayudaban a estudiarla; y porque abrigaba mi gobierno la seguridad de que, cuando en el mundo se juegan muchos millares de vidas por la justicia humana, tenía que encontrar eco en todas partes un problema tan claro de justicia como el nuestro.

“La política petrolera que preconiza y sigue mi gobierno paso a paso, no sufre ni sufrirá modificaciones. No le pedimos a nadie lo que es de él. Luchamos por lo nuestro. Defendémos lo propio, que es la riqueza, el porvenir, la cultura y la dignidad de Venezuela”.

La tierra de Bolívar, como podrá observarse, ha iniciado su gran batalla contra las fuerzas poderosísimas del capital monopolista extranjero.

El pueblo está de pie.

Tenemos que acompañarle todos los adversarios de la regresión, de la explotación y del imperialismo, enarbolando a la mayor altura posible los postulados libertadores del Presidente Roosevelt en su política del buen vecino.

Y las magníficas palabras del Vicepresidente Wallace, que son nuestra bandera:

“Este es el siglo del hombre del pueblo”.

Esta obra es propiedad del
SIBDI - UCR

DIEZ AÑOS DE HITLERISMO

ESTALLO en 1914 la guerra kaiseriana, prolongándose durante cuatro largos años, con todas sus atrocidades y con toda su bestialidad, hasta dejar un saldo de diez millones de hombres en los campos de batalla.

¡Diez millones de hombres de la clase proletaria, “la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado, pronta por lo mismo a amotinarse”, según el liberal pontífice que escribió “Rerum Novarum”!

Y como Su Santidad lo había previsto, la muchedumbre pobre y débil se amotina, en casos como éstos, o estuvo en sazón de hacerlo antes de firmarse la paz y en la postguerra, viniéndose abajo el imperio de los czares, el de los Hapsburgos y el de los Hohenzollern.

De otros Estados y coronas, al reajustar de nuevo el mapa de la sangrante y abatida Europa, se hicieron cargo los aliados victoriosos.

¡El 28 de junio de 1919 se firmó el Tratado de Versalles, celebrándose las memorables asambleas en el mismo palacio, y en la misma sala monumental de los espejos, que sirvió de escenario a Bismarck para humillar a Francia después de la guerra del 70!

Vencida, pues, Alemania; derrumbado el imperio; humillada la soberbia del militarismo teutón, no le quedó otro camino al derrotado que someterse a la ley del vencedor.

¡Limitación de armamentos! ¡Indemnizaciones de guerra! ¡Libertad de pueblos, no alemanes, que habían estado sujetos al dominio de Berlín!

Pero he aquí que apenas habían transcurrido cuatro años cortos desde el fracaso de los Hohenzollern, y ya estaba organizándose en el Reich, hacia 1923, un intenso movimiento contra el Tratado de Versalles.

Dirigíalo un pintor de puertas y ventanas, llamado Adolfo Hitler, quien ocultaba su nacionalidad austríaca haciéndose pasar por alemán.

Su denagogia era convincente para los tudescos: resurgimiento de Alemania, predominio de los arios teutónicos, grandeza indiscutible del pueblo germano, escogido por Dios para dominar a las "razas inferiores" de los demás pueblos de la tierra.

¡Y el desquite! "Deutschland über alles".

* * *

Pudo hacerse esa labor al amparo precisamente de la democracia, que los jefes del nacional socialismo aprovechaban—siendo enemigos de la libertad y de la doctrina democrática—para tomar posiciones políticas destacadas, merced, ni más ni menos, al sufragio electoral.

Los antiguos aliados, entretanto, prestaban todo su apoyo moral y material, todo su auxilio económico al Gobierno de una nación "que ya no era, que ya no podía ser agresora", de tal modo que se preparase a poner en pie de producción su gran industria y a cumplir sus compromisos con los propios vencedores, sin perturbar otra vez la paz del mundo.

Ese espíritu de apoyo a los germanos, de asistencia mutua con los ojos cerrados, prevaleció en Europa insistentemente, sin que nadie se preocupase de las actividades que seguía desarrollando en Alemania el grupo "revanchista".

El 10 de septiembre de 1926, como prueba de cooperación internacional, se le abrieron de par en par las puertas

de la Sociedad de las Naciones al Gobierno de Berlín, por votación unánime de los cuarenta y ocho Estados que formaban la Asamblea.

¡Allí, en Ginebra, sin odios, sin rencores, con serenidad, con un alto espíritu de justicia, podría revisarse y enmendarse el Tratado de Versalles!

La ilusión, sin embargo, vino pronto a desvanecerse. Pasaron algunos años y fueron pasando, al mismo tiempo, los estadistas alemanes de la paz.

De pintar puertas y ventanas, de combatir desde la llanura a las potencias vecinas y a las "razas inferiores", pudo saltar Adolfo Hitler, en 1933, a Canciller del régimen de Hindenburg.

* * *

Diez años han transcurrido desde entonces. Diez años desde que Alemania empezó su desenfrenada carrera armamentista.

El Fuehrer supremo de los nazis no hizo más que aprovechar los medios puestos a su disposición por las llamadas democracias; es decir, para mayor exactitud, puestos a su disposición por el capitalismo internacional.

Construyó Hitler fortificaciones.

Construyó acorazados.

Retó, con la línea Siegfried, a la línea Maginot.

Y así su flota de aviones y de submarinos pudo ser, bien pronto, amenaza muy seria contra las poblaciones abiertas y contra el poderío de las naciones que lo estaban ayudando.

Poco tiempo después, al morir el octogenario Hindenburg en agosto de 1934, aquel lunático pintor de brocha gorda, mesiánico, ególatra y supersticioso, que empezó su agitación en 1923, era el capataz omnipotente y absoluto del Tercer Reich.

En sus manos se concentraron los poderes omnímodos del Estado Nacional Socialista Alemán.

Empezó a perseguir y a sacrificar a todos aquellos elementos que en el interior de Alemania pudieran oponerse a sus designios.

En lo internacional, sintiéndose fuerte al fin para el primer ataque, ocupó en marzo de 1936 la zona de Renania.

Y con lenguaje violento pronunció su famoso discurso en el Reichstag, a principios de 1937, desafiando con la máxima fuerza de su autoridad oficial a las potencias europeas, que el desorbitado poseso austríaco consideraba enemigas de la superioridad germana.

Desde un punto de vista absolutamente lógico para los que han estudiado el desarrollo y las crisis del capital monopolista, que al agudizarse terminan en catastróficos choques internacionales; desde un punto de vista rigurosamente científico en sociología, la actitud rabiosa de Hitler, con el respaldo de los grandes terratenientes y de los más poderosos industriales, presagiaba la nueva y próxima carnicería mundial.

Pero los estadistas europeos no se dieron o no quisieron darse cuenta de la realidad.

¡Le tenían miedo al “comunismo disociador, enemigo de la cultura, de la patria, de la familia, de la religión y del progreso”!

¡Hitler sería el defensor de la “civilización occidental”, y el único capaz de enfrentarse con sus ejércitos a los tremebundos bolcheviques!

Diez años han pasado desde entonces. ¡¡Diez años de masacres vandálicas, de persecuciones increíbles, de matanzas horrendas, que ocuparán su sitio en la Historia como baldón para el hombre de este siglo!!

LA HONDA INQUIETUD DE CENTRO AMERICA

ME pareció necesario escribir, páginas atrás, una información más o menos detallada de lo que está ocurriendo en Centro América. Hice referencia a la organización del "Frente Unionista" de San Salvador, cuyo nacimiento y cuyos postulados coinciden con los del núcleo "Unión Democrática Centroamericana", que se ha podido formar en México al iniciarse el año 1943. Y agregué algunas reflexiones sobre lo que pueden y deben hacer aquellos Estados, no sólo ahora sino también en la postguerra.

Cartas recientes me han traído la buena noticia de que el movimiento de unidad en el Istmo, de que la honda inquietud democrática que allí parecía estar aletargada, de que una nueva y clara conciencia de la realidad se abre paso, por fin, en tierras morazánicas.

Según datos que tengo en mi poder, ya llegan a varios millares los afiliados del "Frente Unionista" salvadoreño, en decidida oposición con la vieja política parroquial que tanto daño nos ha hecho. ¡Y en pugna con el "teosófico" despotismo de Martínez, para quien los encarcelados y los fusilados no son víctimas de las ametralladoras "anticomunistas", sino de su propio karma!

"Los malos gobiernos—me dice el escritor verticalísimo Napoleón Viera Altamirano—no son sino síntomas de un mal más profundo; y ese mal profundo está en nuestra desunión, que ha impedido el progreso cultural, político, social y económico de que tanto necesitan nuestros pueblos.

“En nuestro programa hemos incluido puntos de vista que responden a las aspiraciones de la masa obrera; nos pegamos resueltamente a la causa de una democracia que sepa garantizar la libertad política y la igualdad económica; estamos con un nuevo orden democrático internacional, y con una cooperación más estrecha dentro de la comunidad de los pueblos americanos”.

A continuación me explica Viera Altamirano de qué manera los políticos militantes suelen agitar la bandera unionista, con el único y exclusivo objeto, cuando están caídos, de dominar a sus conciudadanos mediante un simple cambio de presidentes.

“Pero una vez en el poder—agrega—repetirán la misma historia. El mal no está en los hombres sino en el sistema. Ellos, los profesionales de la política, no tienen mayor interés que el de saciar sus codicias y satisfacer sus venganzas. No les duele el absolutismo en sí, ni el analfabetismo, ni la mortalidad infantil, ni la miseria ambiente, ni la impotencia en que se debate el pueblo centroamericano. Representantes del viejo criterio burgués, no entienden la cuestión social.”

* * *

En forma clara y contundente expresa líneas abajo tan admirado amigo cómo, sin que nadie pueda dudarlo, las uniones regionales contribuyen a dar simplicidad al problema de las relaciones internacionales. De ahí que sea indispensable dar continentalidad al movimiento unionista de Centro América.

“Cuando se habla del mundo nuevo que vendrá después de la guerra, se traen a colación la India, los Balcanes, el Asia Menor. No se dice nada en relación con estos pueblos. La culpa es nuestra, pues antes de hoy tampoco habíamos

hecho nada por dar una organización efectiva al unionismo. ¡Culpa también de la mayor parte de nuestros intelectuales, hombres sin patria, muy ocupados en los problemas abstractos del arte y de la filosofía, así como en los negocios de los demás pueblos, pero indiferentes a los dolores de Centro América!”

Muy bien está lo que el escritor salvadoreño opina de esos intelectuales sin patria. Algo semejante había proclamado yo en “Liberación”, al fundarse el Partido Socialista Costarricense—¿Sueño? ¿Siembra?—en agosto de 1935. El que esto escribe decía en aquella fecha:

“Es indispensable que Costa Rica se dé cuenta exacta de la realidad propia y de la realidad mundial, no quedando a la zaga en materia de orientación. Pero esto implica que los intelectuales comprendan claramente cuál es su papel; que se enfilen resueltamente en la causa popular; que entren en acción, tomando el arte, la ciencia y la cultura no como un fin egoísta de deleite o de mejoramiento individuales, sino como medio eficaz de lucha en favor de las masas desposeídas. Adelante deben ir ellos, firmes los pies en la tierra, con ánimo de imprimir nuevos rumbos a un sistema que no pueden seguir tolerando, que no pueden seguir viendo estos pueblos generosos y sufridos de la América Central.”

* * *

Han transcurrido varios años. Los pueblos, a fuerza de mucho dolor y de mucha sangre, van a la postre abriendo los ojos. No podía Centro América quedarse atrás. ¿Pero qué actitud asumen los intelectuales? Creo sinceramente que no habrán de permanecer en retaguardia.

Adolfo Pérez Menéndez, otro gran valor salvadoreño, en bellísima semblanza que ha tenido la bondad de dedicarme,

divide a los escritores centroamericanos en dos categorías: “Los intelectuales masculinos y los intelectuales afeminados”.

Estos últimos—de acuerdo con lo que dice Pérez Menéndez—son por desgracia todavía muy numerosos; “y así Centro América se nos ofrece siempre como un problema que no se puede aclarar en la conciencia colectiva, porque lo estorba el criterio de las voces atipladas, el criterio de todas las inteligencias en almoneda”.

Emite después este certero juicio: “La misión de la inteligencia no es otra que la de enfocar, con sinceridad y valentía, los problemas colectivos. Servir al pueblo y no ponerse, en ningún caso, contra el pueblo, es la tarea que le corresponde al hombre de letras, cuando es escritor másculo y fuerte”.

Tocante a los de la segunda categoría opina Pérez Menéndez: “El escritor pusilánime y afeminado—almas canijas que entre el miedo y el deber se quedan con su miedo, que hacen frases bonitas y bellos madrigales—; el escritor pusilánime y afeminado alquila su pensamiento y desvirtúa su auténtico papel en la vida, de la misma manera que las mujeres de mal vivir defraudan su misión biológica, comerciando con la urna sagrada de su cuerpo”.

¡Cosas fuertes son éstas, no cabe duda! Mas el solo hecho de que se digan y escriban en Centro América, es ya un indicio de que aquello cambia, y de que bien podemos mirar con optimismo hacia adelante.

Los dos intelectuales salvadoreños, cuyas frases y cuyo ideario me han servido para construir estos apuntes; tantos otros más que luchan como ellos; los millares de afiliados al gran movimiento democrático centroamericano, que todos juntos realizamos; lo que se ha logrado en Costa Rica con las Garantías Sociales; lo que tendrá que hacerse posteriormente en Guatemala, en Nicaragua y en Honduras; todo

eso, en fin, claridad de amanecer, servirá para demostrarle al mundo que pronto ocuparemos nuestro sitio en el concierto de las naciones libres.

El propio Viera Altamirano me lo dice al finalizar su carta: "Hay que hacer un gran pueblo en Centro América. Una sola nación desde el Suchiate hasta el Darién. A ese gran pueblo, a esa nación unida, daremos sabias instituciones, libertad y justicia, cultura y fuerza. Toca a los hombres de nuestra generación cumplir ese destino. Usted es uno de esos hombres, lleno de fuerza generosa, poseído por los grandes amores".

Me recuerda en su último párrafo que un grupo extraordinariamente reducido pudo hacer cierta vez una revolución casi mundial. Y termina su frase con estas palabras: "Pensemos que podríamos ser siquiera diez los realizadores de la transformación política, social y económica de Centro América".

Querido Viera Altamirano: ¡Somos más de diez! ¡Muchos millares multiplicados por diez! ¡Son nuestros abuelos, y los abuelos de nuestros abuelos! ¡Son nuestros próceres y nuestros libertadores! ¡Somos nosotros y serán nuestros hijos!

Con tan poderosas legiones no habrá derrota posible. La cuestión es que libremos la batalla, aplicando siempre a nuestra patria el fecundo apostolado luminoso de Martí.

Querido Viera Altamirano: ¡Por Centro América, por que allí los hombres salgan de su infamante condición de parias, hasta la última luz "y hasta el último aliento"!

CASA GRANDE ZUKER PLANTAGEN

EN los albores del 43 pasó por la capital de México el Director de Información y Propaganda de la República del Perú.

Iba con dirección a la ciudad de Washington, junto con otros periodistas sudamericanos, para iniciar desde allí una extensa jira a los principales centros industriales de los Estados Unidos.

Dijeron de él algunos colegas que era hombre de ojos pequeños, extraordinariamente rubio, muy cordial y muy sonriente con quienes le atendían o entrevistaban.

“Lo único que siento—exclamó, después de un banquete en la Embajada de su patria—es no poder quedarme en México. Desde el Castillo de Chapultepec me he extasiado contemplando esta bellísima ciudad, esta metrópoli imponente, rodeada de un aire claro y de una transparencia maravillosa”.

Se le hicieron a continuación algunas preguntas relacionadas con el Perú, a las que el publicista dió respuesta declarando que sus compatriotas, en forma terminante, “por su profunda tradición democrática”, se han puesto de lleno con la causa de las Naciones Unidas.

Al interrogarle sobre las medidas del Gobierno peruano contra los agentes del Eje, el Director de Información lanzó una mirada rápida hacia los que le rodeaban, afirmando en pocas líneas lo siguiente:

“Desde el primer momento las autoridades de mi país cancelaron las agencias de propaganda germanoitalianas, in-

cautándose además de algunas empresas comerciales de los nazis. Por otra parte, a los ciudadanos del Eje se les vigila estrechamente, habiendo regresado a su patria los que han podido hacerlo”.

Se preparaban los periodistas mexicanos a formular otra pregunta, cuando el caballero aludido tomó súbitamente la palabra y dijo con entusiasmo:

“Esta guerra es asunto que nos concierne a todos. En los campos de batalla se debaten los derechos fundamentales del hombre. Creo que la aportación de Hispano América a la guerra debe ser mayor. Soy partidario de que se forme un cuerpo de ejército latinoamericano, para que pueda combatir en Europa al lado de los defensores de la libertad.

“Este cuerpo de ejército, esta legión latinoamericana—siguió diciendo el señor Mac Lean, que tal es el nombre de nuestro personaje—podría quedar integrado con voluntarios de todos nuestros países. Así estaríamos contribuyendo en forma eficaz a la derrota de las potencias nazifascistas”.



¡Fervor plausible, no cabe duda, el del señor Mac Lean! Sería efectivamente interesante, como ya en algunos otros de nuestros pueblos hermanos y en distintas ocasiones se ha venido indicando, que pudiésemos atravesar el Atlántico, y pelearle un poco su guerra al Imperio Británico, como han tenido que hacerlo, verbigracia, los ejércitos de Estados Unidos en el Norte de Africa, y China y Rusia en los enormes frentes orientales.

Pero sucede que la guerra contra el nazifascismo la tenemos que pelear los hispanoamericanos en nuestras propias repúblicas, con lo cual ayudaríamos efectivamente a defender la democracia.

A derrotar, en otros términos, todo movimiento imperialista, que no es solamente el alemán de Hitler, ni el italiano del bufonesco Mussolini, sino también el de Falange, que nos llega en español; y el de los grandes burgueses del imperialismo francés; y el del capital monopolista de habla inglesa, cuyos potentados no están de acuerdo con el "new deal" ni con la política del buen vecino del Presidente Roosevelt.

¡Con lo que ese capital monopolista internacional sí está de acuerdo—llámese Royal Dutch o Standard Oil—es con mantener su dominio en los campos petrolíferos de nuestra América, y no precisamente para reforzar a las Naciones Unidas ni para dar su apoyo a los ideales democráticos, sino para abastecer a quien pague mejor precio, redondeando en esa forma dividendos cada vez—conforme aumentan las ganancias—más "anticomunistas"!

Cosa semejante sabemos todos que acaece, además de los petroleros, con los explotadores o succionadores de nuestras minas, de nuestra energía eléctrica, de nuestras plantaciones bananeras, de todo aquello, en fin, que representa la riqueza natural y la estructuración económica futura de la América española.



Pero como no se trata de resolverlo todo de una sola vez; como lo esencial en esta lucha es la derrota de lo que se conoce por hitlerismo; y como da la casualidad que en estos apuntes se ha hablado concretamente del Perú, valdría entonces la pena, dejando que los falangistas—para ignominia de todos nosotros—no suelten lo suyo, y que los aprovechados y contumaces "Clevedens" anglosajones se le sigan enfrentando a Roosevelt; valdría entonces la pena escrutar la situación exacta del Perú, en relación precisamente con el nazismo de Hitler y con el fascismo de Mussolini.

Y venimos entonces a descubrir que el azúcar, por ejemplo, es una de las industrias básicas más desarrolladas en aquel país, con la rara coincidencia de que el setenta y cinco por ciento de la producción total azucarera de las centrales peruanas—¿por qué se llamarán peruanas?—, está en manos de la firma totalitarísima Casa Grande Zuker Plantagen.

¡Naturalmente que con motivo de la guerra este gran consorcio se ha “nacionalizado”, para salvar sus intereses, cambiando su germánico nombre por el de Chicama Limitada!

La producción anual de azúcar en suelo incaico es de cuatrocientas mil toneladas. Y la firma alemana de que se hace mención produce trescientas mil, o sea tres cuartas partes de toda la zafra. En esa forma puede controlar Casa Grande el mercado interior peruano y buena parte del mercado de exportación a Chile, en donde se consumen casi doscientas mil toneladas de azúcar del Perú.

Los dueños del gran pulpo teutónico disponen, por añadidura, de un puerto exclusivo para sus embarques, Chicama—nombre que sirvió para rebautizar la empresa—, en donde no hay más ley ni más legislación aduanal que la impuesta por los súbditos de Bismarck, o de Guillermo II, o de Adolfo Hitler, que para el caso viene a ser lo mismo.

Parece necesario agregar que el señor Gildemeister, principal accionista de tan poderosa firma y consejero del ex Banco Alemán Trasatlántico, ha sido diputado “peruano” por Trujillo, y que él y sus socios son los mayores prestamistas del Estado, en combinación con el Banco alemán de referencia.



Paralelamente con el poderío de los nazis tudescos, se debe tomar en cuenta el de los mandolineros fascistas, fanáticos o ex fanáticos de su aporreado Duce, quienes dominan

todo el comercio de artículos alimenticios y constituyen la colonia europea más numerosa del país.

De igual manera que los alemanes, también los italianos cuentan con su propio banco, cuyo capital en funciones de lucro es de veinte millones de soles. Tan pequeña cantidad, relativamente, les ha servido de base para sus préstamos al Gobierno, pudiendo asegurarse que el Banco Italiano, en escala semejante al hoy semicongelado Alemán Transatlántico, tiene fuerte participación en el monopolio de una serie de negocios y de combinaciones financieras estatales, a pesar de existir un Banco peruano del Estado.

Había también en el Perú, hasta hace poco tiempo—ignorando el que esto escribe si ya está en poder de las autoridades, “ahora democráticas”—una fábrica de aeroplanos Caproni, sucursal de la del mismo nombre que construye esas máquinas en Italia.

El ex Presidente Benavides, Embajador ante el Caudillísimo español y entusiasta admirador de Hitler y de Mussolini—como también lo han sido algunos otros gobernantes hispanoamericanos—, dió a esa fábrica italiana toda clase de subsidios y de facilidades. Y para completar su obra fascistoide contrató una misión de técnicos italianos de policía, quienes por lo menos hasta fines de 1940 funcionaban a sus largas y a sus anchas en aquella república.

Además, el Presidente Augusto B. Leguía, con anterioridad y para mejorar sus cuadros de ataque al Ecuador, tuvo a su servicio al conocido estratega y diplomático del Reich, Von Faupel, como Instructor General del Ejército.

* * *

En ambiente tan propicio es explicable que los nazifascistas hayan podido organizarse y operar, con fuerza extraor-

dinaria, a todo lo redondo o lo cuadrado del antiguo imperio de los incas, así como en otras regiones hispanoamericanas.

Por tratarse de grupos económicamente poderosos, los nazis han tenido el apoyo de las altas clases sociales, "aristocráticas" o aristocratizadas con diferentes barnices, desde el Bravo hasta la Patagonia.

¡Y, desde luego, la cooperación profesional de aquellos políticos y juriconsultos a quienes, sin ánimo de ofenderles, he llamado con insistencia "los grandes cerebros" de nuestra América!

Así, en el caso concreto de la nación peruana, el Presidente de su Delegación en la Conferencia de Cancilleres de Cuba—¿estaría también en Río de Janeiro?—fué nada menos que el doctor Lino Cornejo, muy ilustrado en materias legales e ilegales, abogado del Banco Italiano, Consejero de Casa Grande, longevísima eminencia que no tuvo jamás escrúpulo en colaborar con los agentes de las dictaduras europeas y con los despotismos criollos de su patria.

Y así, en el agobiado feudo peruano, de tan malos vientos para las agrupaciones efectivamente democráticas, que sólo han pretendido laborar en vano por la liberación y por la dignificación de las grandes mayorías desposeídas; en aquella legendaria tierra sudamericana pudo establecerse, en cambio, y pudo sembrar sin obstáculo ninguno su semilla, junto a los hombres de Hitler y de Falange, un auténtico Partido Fascista de la doble Roma: la del Duce y la del Vaticano, reforzada su estrategia en los púlpitos y en los confesionarios de la "hispanidad" franquista.

Bajo el disfraz de "Unión Revolucionaria" hicieron su agosto y se movilizaron, durante largos años, los fascistoides del Perú. El jefe criollo de la agrupación —a quien entiendo que en Lima conocen con el nombre de Luis Flores— podía predicar a berridos estridentes, con absoluta libertad, la

urgencia de establecer un Estado corporativo como el de Hitler, el de Franco y el de Mussolini.

¡El y sus devotos seguidores sentíanse muy alegres y ufanos con el empleo de flechas, de camisa negra o de camisa parda, tanto en días laborables como en fiestas de guardar!

¿Se comprende ahora por qué dije al principio que nuestra guerra, pese a tantas buenas o malas intenciones de derramar sangre en Europa, la tenemos que pelear en nuestro propio continente?

¡Cuando acabemos con todo eso —¡¡y con lo otro!!— acaso sea posible que la legión hispanoamericana, que nuestros aguerridos ejércitos, todavía no organizados, atraviesen el océano y les ayuden a los ingleses en la apertura del segundo frente!

ESPIRITUALISTAS PUROS CONTRA VULGARES MATERIALISTAS

FEBRERO de 1943.

El Ejército Rojo, en su primer cuarto de siglo, ha podido aplastar a la barbarie hitlerista, como no pudieron hacerlo las democracias occidentales, las naciones supercivilizadas del viejo continente.

Rusia, pues, avanza. Y sigue avanzando hacia Berlín en 1943.

Tiemblan entonces los grupos "Cleveden" de América y de Europa.

Insultos a Roosevelt.

Insultos a Wallace.

Difaman, "aconsejan", se valen de Goebbels los apaciguadores.

Organiza sus fuerzas la quinta columna.

¡Todos a una contra los altos impuestos!

¿Cómo es posible que sólo puedan ganar 25,000 dólares anuales los laboriosos empresarios norteamericanos?

¡Recibir tan corta suma es "comunismo", y de amenaza tan horrenda se tiene que precaver la humanidad!

En el natalicio de Washington contesta Roosevelt a sus enemigos, recordando al mundo entero las bienaventuranzas.

También da Wallace su respuesta a los pobres de espíritu, a los inconscientes o a los perversos de hoy, exactamente iguales a los cómplices "anticomunistas" de la barbarie, a los Chamberlaines o a los Daladieres, que transaron con Hitler y con Mussolini en Munich.

* * *

La terrible experiencia de la guerra actual; los torrentes de sangre derramada; los millones de hombres, de mujeres y de niños criminalmente asesinados; las ciudades destruidas; el hambre, la miseria, la tortura del cuerpo y del espíritu; los crímenes horribles cometidos por los nazis; nada de eso parece conmover ni asustar a las derechas.

¡El comunismo —lo que ellos llaman comunismo—; el triunfo del Soviet sobre las hordas hitlerianas; el hecho de que puedan los rusos imponer la paz en Alemania, eso es lo único que les eriza su pelambre a los hombres de caverna!

Se repite lo de 1936 con la invasión de la República Española, cuando la propaganda nazi pudo cegar al mundo con las atrocidades que cometían los “rojos” del Presidente Azaña.

¡Amontonamiento a la sazón de legionarios extranjeros, aristócratas de la península, mahometanos de Noráfrica, requetés, obispos, militares traidores, ejércitos de Roma y de Berlín, para que no se hundiera la civilización occidental en las tierras católicas de España!

¡Amontonamiento ahora, como entonces y como en años subsiguientes, de grupos y de propagandistas igualmente heterogéneos, para que el vulgar materialismo “bolchevique” no se haga dueño y señor de la espiritualidad sin mácula de los enemigos del Soviet!

* * *

Se mesa los cabellos la reacción mundial, en la misma forma en que siempre se los ha mesado.

Frente a los gorros frigos del 89.

Frente a la bandera rojinegra de las grandes mayorías trabajadoras.

Frente a la hoz y el martillo del socialismo ruso.

¡Se mesa los cabellos y tiembla la reacción mundial!

Temor de salchicheros.

Temor de abarroteros.

Temor de "intelectuales puros".

Temor del gran capital monopolista.

Temor del Vaticano.

Temor del Arzobispo neoyorkino Spellman, en conferencias "pacifistas" con el ahora fusilado Conde Ciano y con Su Santidad.

Temor y pánico del Ilustrísimo y Reverendísimo Gustavo J. Franceschi, voluminoso mitrado de Buenos Aires, partidario fanático del Duce y de los bombardeos "civilizadores" de Abisinia; émulo del Presidente Castillo, del sargentón Ramírez y de otras aventajadas "carne frías"; vulgar de lenguaje y de ademanes, quien temeroso de seguir defendiendo a Hitler y a Mussolini, la emprende entonces contra el peligro de millares de "misioneros" del protestantismo anglosajón en nuestra América.

Temor de Wall Street y de la City de Londres.

Temor de los privilegiados y de los explotadores.

Temor de los espiritualistas mofletudos y de los idealistas sudorosos, que se refocilan a sus anchas con todo lo superfluo.

¡Temor, también, de sus mujeres y de sus hijas, con carmín arriba y abajo, escapulario al cuello, ignorancia "chic" de lo que no sea la página social de los periódicos!

Ya lo había dicho el gran bardo nicaragüense:

"Así la madre, así la hija, así la manta que las cobija".

* * *

Se llama el interfecto don Bartolo Pons y Pons, de origen catalán.

Pons por el padre y Pons por la madre. Bartolo, su nombre de pila y del Registro Civil.

Unidos tales patronímicos a un "culto caballero", bajo, gordo, antisoviético, tendremos al señor Ministro ideal para una u otra Cartera de cualquier república hispanoamericana.

¡O de cualquiera de las grandes potencias europeas, en donde de pintar puertas, techos y ventanas, se puede saltar a Canciller del Reich!

Desde joven demostraba Bartolo talento extraordinario para sacar pesos de centavos, con alborozo desbordante de los señores Pons.

Dedicado por fin a los estudios farmacéuticos, estableció botica y acumuló fortuna.

¿Despachaba recetas para curar al prójimo?

De eso no hay noticia en su contabilidad.

Sólo se sabe que con agua destilada, y con cargarles la mano a los enfermos, acumuló fortuna.

De allí, de su lujosa farmacia al correr de cuatro lustros, salió directamente a un Ministerio.

Le dieron el de Hacienda por su comprobada "espiritualidad", por su gran sabiduría en finanzas, y por su cerrada oposición a las "ideas exóticas".

Su espiritualismo, según García Maroto, se lo había injertado su padre a don Bartolo en esta forma:

"La hoz implica trabajo bajo el sol y bajo la lluvia. No atrae a nadie. Tampoco el martillo debe usarse como símbolo, porque es trabajo en el taller.

"No te apegues a tan criticado emblema. Busca los fines que se persiguen y subirás muy alto. Funda tu partido ¡oh hijo mío!, empleando para tu bien esta divisa:

"Tranquilitat e bons aliments".



¿Quién es el Subsecretario? Se llama Pedro González, Juan Ramírez o Manuel Fernández, como en otros países podría llevar el nombre de John Smith, de Hans Ziegler o de Henri Dupont.

También el Subsecretario ha podido amasar un fuerte capital, con su doble negocio de establo y funeraria.

¿Mejora la leche y da sepultura a los muertos por amor al prójimo?

Como en el caso del Ministro, no hay noticia de eso en su doble contabilidad.

Solamente se sabe de sus grandes cuentas bancarias y de su repugnancia por el materialismo de los obreros insaciables, que piden aumento de salario.

Diez pesos cuestan las tablas de un ataúd, y cobra de cien en adelante, según que el forro sea de seda o terciopelo. ¡No se cuentan los cirios, los cortinajes alquilados ni los responsos!

Miembro además de la Caballería Mariana, acostumbra santiguarse horrorizado cuando se le acerca un comunista.

Sus amigos y sus familiares del sexo femenino lo acompañan en la jesuseadera.

¡Otra vez la madre! ¡Otra vez la hija! ¡Otra vez la manta que las cobija!

Así se desenvuelve la lucha de los idealistas puros contra el "vulgar materialismo" que domina al mundo.

¡El materialismo intolerable de los que tienen hambre de pan y de justicia!

HOY COMO AYER, LA POLITICA DE MUNICH

NOTICIAS evidentemente desmoralizadoras para los que creemos en la democracia amasada con tantos millones de vidas, comenzaron en realidad a publicarse desde el mes de diciembre de 1942.

Las había yo leído. Las había coleccionado. Pero no acertaba a creerlas, ni menos aún a comentarlas. No procedían de fuentes oficiales, debidamente autorizadas.

Entre los cablegramas que más me impresionaron, cuyo texto preferí considerar como producto de imaginaciones periodísticas, tengo aquí frente a mis ojos el que se refiere a un gran convoy de los Estados Unidos, que pudo llegar con toda felicidad a Barcelona.

¡No lo hundieron —claro que no iban a hundirlo— los submarinos de Hitler!

Con muchos miles de fardos de lana y algodón estaban cargadas las bodegas de esos barcos. ¡Y los técnicos alemanes, directores de las fábricas textiles de la ciudad condal de Cataluña, esperaban ansiosamente dicho algodón y dicha lana para suplir con flamantes uniformes a los ejércitos del Reich!

Decía otro cablegrama de fines de 1942 que un segundo convoy, esta vez de tanques petroleros, había logrado arribar al Marruecos español y desembarcar allí enormes cantidades de gasolina y combustibles, rodeada también la singular maniobra “de la más completa felicidad”.

¡Claro que tampoco iban los submarinos de Hitler a disparar contra esos tanques, ni a bloquearles su “muy feliz navegación” por el Estrecho de Gibraltar!

El precioso contenido que a Franco le mandaba Norteamérica, habría de servirle poco después al Mariscal Rommel —¡el deshecho y aniquilado Mariscal Rommel desde hace tantos meses!—, para bombardear en todo el norte de África a los hombres de la Gran Bretaña.

¡Y para bombardear de igual manera, con su propio petróleo y con su propia gasolina, a las frescas divisiones norteamericanas, enviadas al desierto antes que los convoyes y que los tanques de que ya se hizo referencia!



Asunto de Chamberlaines, Lavales, Halifaxes, Daladieres o Bonnetes parecía tal cosa.

Complicidad a tal extremo inconcebible, que para demócratas sinceros era sumamente difícil y hasta cierto punto delictuoso darle crédito.

Tratábase, sin que haya exageraciones en decirlo, de una resurrección monstruosa de la vieja y criminal política de Munich, a cuya sombra se tenía que desatar esta gran hecatombe, baldón e ignominia de la raza humana.

¡No era posible creerlo! Pero al cabo de dos meses cuenta ya la vil historia de estos últimos años —historia superculta que leerán avergonzados nuestros nietos— con la confirmación oficial de que el apaciguamiento no ha podido dominarse, pese a cuanto digan y ofrezcan ciertas gentes empeñadas en no ver la realidad.

¡Sigue siendo la norma de las grandes fuerzas reaccionarias, en Europa y en América!

¡De las grandes fuerzas reaccionarias que continúan aco-
gotando al mundo, y que vuelven a la carga con la terrorí-

fica cercanía de lo que siempre llaman los granujas y los explotadores el fantasma comunista!

El documento oficial, el documento irreplicable en lo que atañe a los convoyes de Barcelona y de Marruecos; es decir, en lo que tiene que ver con Franco, el más feroz y sanguinario de los Quislings europeos, lo ha gritado a los cuatro vientos nada menos que Mr. Carlton J. Hayes, Embajador de los Estados Unidos ante el Pelelísimo de Hitler en Madrid.

* * *

¿Cómo será el bueno de Hayes?

A Chamberlain todos le conocimos caritonto y desmedrado, ercrida nuez o manzana terminada en punta, un alto cuello para cubrirla y grande y cómico paraguas cabe negra y sudorosa axila.

¿Cómo será el bueno de Hayes?

Acaso más bien nos resulte mofletudo y regordete, con la placidez regocijada de los hartos o de los ingenuos.

Para el caso es lo mismo. Sólo interesa tomar nota de que este bueno de Hayes, gordo o flaco, no ha tenido escrúpulo en revelar que los Estados Unidos —¿los de Roosevelt, los de Wallace, los de Willkie?— sostienen y seguirán sosteniendo la economía de España.

¡En otras palabras, la economía del falangismo; de los traidores españoles que proclaman su adhesión a los tudescos y su desprecio por la democracia; de la multiderrotada “División Azul”; del régimen patibulario que ha desangrado a la península!

¡Pero, sobre todo, la economía que permite a Hitler reforzar su quinta columna, precisamente en idioma castellano, de uno al otro extremo de la América española!



He aquí las palabras textuales del nuevo y maravilloso apaciguador que les ha salido a los norteamericanos en mitad de España, y que hará que en su tumba sonría muy complacida la calavera agusanada del difunto Chamberlain:

“Barcelona, febrero 26 de 1943. (A.P.).—Los Estados Unidos han estado remitiendo grandes cantidades de petróleo, algodón, víveres y otros productos a España. Los envíos de gasolina son considerablemente mayores que la cantidad asignada para la distribución individual a los vecinos de la costa atlántica de Norteamérica.

“Eso declaró hoy el Embajador norteamericano en Madrid, Mr. Carlton J. Hayes, añadiendo que su país ha convenido en aumentar el envío de otros artículos de primera necesidad. Agregó a continuación que “desde el primero de septiembre de 1942 las remesas de combustible enviadas a España por los Estados Unidos, junto con otros derivados del petróleo, igualan la capacidad total de la flota española de barcos tanques”.

“También reveló el Embajador que recientemente se habían enviado a Franco—¡es decir, a Hitler!!—25.000 toneladas de sulfato de amoníaco, no obstante la escasez que hay en Estados Unidos de ese producto. Y no quiso dar fin a su peroración sin confesar públicamente que el señor general Franco contaría en breve con un aumento muy notable de embarques norteamericanos de algodón, “extraordinariamente superiores a la última remesa de 10.000 toneladas que se hizo llegar a Barcelona”.

“Cerró Hayes el meollo de sus revelaciones, afirmando que el Gobierno de Washington está decidido a seguir prestando toda su cooperación y toda su ayuda a España, con lo que se desarrollará una economía de paz que pueda llevar a los españoles a un período futuro de seguridad mundial”.



¡Lo mismo que hicieron las democracias con Hitler y con Mussolini en los casos de Manchuria, Abisinia, la sacrificada República Española, Austria, Memel, Checoeslovaquia, hasta caer en el cuadrilátero de Munich!

¡Lo mismo que repitieron estos pequeños Metterniches de la época contemporánea—con perdón del genio satánico de Metternich—cerrando el camino de Birmania para darle fuerza al Japón con perjuicio de la heroica China!

¡Lo mismo con lo cual se hincharon de ganancias los capitalistas internacionales, prestando toda su cooperación a los totalitarios europeos, y enviando enormes cargamentos de hierro viejo y de petróleo al Imperio japonés!

Así el mundo supercivilizado fortaleció a los agresores de la humanidad. Y así—es indispensable recalcarlo—con su propio petróleo, y con su propio dinero “democrático”, y con sus propias armas, y con su propio hierro viejo, el Fuehrer, el Duce y el Mikado bombardearon a las democracias y sembraron la muerte y la desolación en oriente y occidente.

¡Las llamadas democracias; o, para mayor exactitud, los plutócratas, los aristócratas y los explotadores de las democracias, le tenían en aquellos años miedo pavoroso al comunismo!

¡Les vuelve ahora el terror, no obstante que Rusia, al pelear y al triunfar por ellos, les ha estado salvando lo que suele llamarse civilización occidental, que no es precisamente la de los Quislings, ni la de ningún Generalísimo, ni la de Hayes o de Falange, ni la de Wall Street o los prestamistas de Londres, ni la de nadie que pretenda sacar provecho de la sangre derramada para inmolar al prójimo!

Afortunadamente que las declaraciones del falangista Embajador provocaron en Washington, como así tenía que suceder, una cerrada protesta de senadores y de diputados.

¡Ahora sólo falta que lo desautorice Mr. Cordell Hull, como se desautorizó a sí mismo cuando deseaba consultarle a Franco la suerte que habrían de correr los prisioneros españoles de Noráfrica!

Y falta, además, que al venturoso de Hayes lo destituya sin pérdida de tiempo el Presidente Roosevelt, en lo que sin duda estarán de acuerdo Mr. Sumner Welles y el Vicepresidente Wallace.

¡De lo contrario no valdría la pena seguir hablando de la Carta del Atlántico, ni del "mundo mejor" que se avecina, ni de las conquistas efectivamente democráticas a las cuales tiene derecho la humanidad en la postguerra!

MEXICO Y SUS CERCANOS VECINOS DEL SUR

AUN cuando parezca que se insiste demasiado sobre el mismo tema, el que esto escribe juzga necesario repasar algunos puntos relacionados con el movimiento que se realiza para que las repúblicas centroamericanas, al finalizar la actual conflagración, ocupen el sitio a que tienen derecho en el concierto de las naciones libres.

Es digna de tomarse en cuenta, no cabe duda, la forma mesurada en que el Consejo Ejecutivo de "Unión Democrática Centroamericana" presenta su Preámbulo y los Objetivos Esenciales de la nueva entidad, establecida en México por hombres que no han menester de presupuestos oficiales para vivir en el destierro.

No hay en ninguna de sus frases una sola expresión que pudiera llamarse demagógica, ni palabras altisonantes, ni párrafos de los que suelen escribir los políticos profesionales, cuando andan en busca de votos o de aplausos.

Se trata de un documento que podría figurar y discutirse en cualquier conferencia de jurisconsultos, basado en los derechos fundamentales del hombre; en principios éticos universalmente reconocidos; en protocolos multilaterales, tocante a organización obrera, que cuentan incluso con el respaldo de las grandes potencias capitalistas; pero, sobre todo, en convenios suscritos por los propios gobiernos centroamericanos, entre ellos la Carta del Atlántico, ni más ni menos, así como en frases concretas de altos funcionarios ingleses y norteamericanos, cuyas palabras no han de ser sospechosas de rojismo para ningún gobierno efectivamente democrático.



Para evitar suspicacias infundadas, asegura el Consejo Ejecutivo de "Unión Democrática Centroamericana", no obstante lo que México significa y significará en la vida de aquellos pueblos del Istmo, que tal vez sea preferible no apoyarse en las conquistas humanísimas obtenidas en el gran país de Juárez, con tanto dolor y con tanta sangre, desde la Constitución de 1917 hasta la fecha.

"Pero sí juzgamos oportuno—dicen los dirigentes centroamericanos—reproducir unas pocas frases del Presidente Avila Camacho, tomadas de un mensaje suyo al pueblo de Norteamérica, transmitido a todo el continente por la "National Broadcasting Company". He aquí lo que dijo, en síntesis, el primer magistrado de la nación azteca:

"Queremos habitar en un mundo del que queden para siempre proscritos el despojo, la tiranía, el imperialismo y los privilegios del egoísmo económico o de la superioridad militar.

"Nuestra revolución fué un glorioso esfuerzo por afirmar a la República Mexicana sobre bases de equidad, de progreso y de emancipación social.

"En las campañas de la fuerza contra el Derecho, siempre nos hemos puesto al lado del Derecho. Por eso, al unirnos a las naciones que rehusaron admitir el orden impuesto por las espadas, no hemos hecho sino continuar la tradición más genuina de nuestra historia.

"Cuando llegue la paz, una obligación todavía más alta va a presentárenos: la de hacernos dignos de ella por la generosidad y por el respeto. Sólo así esa paz que anhelamos no volverá a ser un armisticio precario y perecedero.

"Unidos en la conflagración, debemos conservarnos unidos en la más importante de las tareas con que una asamblea de pueblos pueda enfrentarse: la de construir una convivencia en la que la felicidad del conjunto se logre mediante

la felicidad de todas las partes, en un ambiente de concordia, de independencia y de auténtica dignidad”.

* * *

Salta a la vista que los directores de “Unión Democrática Centroamericana” quieren evitar, hasta donde sea posible, los constantes ataques de ciertos grupos cavernarios contra todo movimiento, por muy justo que sea, en el cual se haga la más mínima mención de las conquistas efectivas que ha logrado obtener la revolución mexicana.

¡A todo eso se le ha llamado “comunismo”, incluso a la lucha antiimperialista y a la expropiación petrolera del Presidente Cárdenas!

Para no darle, entonces, ningún apoyo de argumentación al enemigo; para que se vea hasta dónde Centro América puede liberarse con las propias armas de las demás potencias democráticas, respaldan su actitud los centroamericanos precisamente en las últimas conferencias interamericanas; en la política de seguridad colectiva, pregonada en Ginebra por la Sociedad de las Naciones; en la Oficina Internacional del Trabajo; en la resolución concreta de la Conferencia Universitaria de Birmingham; en el Tratado Gondra de 1923; en la Convención Interamericana, fechada en Washington el 5 de enero de 1929; en el Proyecto Mexicano del Código de la Paz de 1933, y en la ya muy referida Carta del Atlántico.

Al apoyarse en este documento, trascendental en la historia de la humanidad, hace ver el Consejo Ejecutivo que si bien es cierto que inicialmente sólo lo suscribieron los Estados Unidos y la Gran Bretaña, poco después, el 2 de enero de 1942, fué firmado y aceptado solemnemente en Washington, entre otras naciones de diversos continentes, por nueve países de la América española, entre ellos las cinco repú-

blicas centroamericanas, a saber: GUATEMALA, EL SALVADOR, HONDURAS, NICARAGUA y COSTA RICA.

Quiere decir, por consiguiente, que la organización centroamericana de México o en México, está de hecho apoyando a las cancillerías de las cinco repúblicas istmeñas. Y aprovecha, además, frases concretas del Presidente Roosevelt, del Vicepresidente Wallace, del doctor Alfonso López, Presidente de Colombia, del señor Daniels, ex Embajador de los Estados Unidos en México, de Wendell Willkie y de otros personajes, tanto del norte como del sur de América, para hacer una defensa impecable de la democracia y para pedir que Centro América obtenga por fin su libertad, por la que aseguran estar luchando las Naciones Unidas.

¡Naturalmente que aquellos pueblos también tienen su haber, como arma propia de lucha y como meta, el avanzado ideario de varones como Morazán y don José Cecilio del Valle, cuyos programas de gobierno — escritos mucho antes de que naciera Marx — podrían codearse en esta crisis con lo que predicán tantos hombres de vanguardia, con el “new deal” y con la Carta del Atlántico!

Los centroamericanos se acogen con razón a su derecho, a pactos y promesas internacionales, al pensamiento de sus próceres, única fuerza de la cual disponen para llevar adelante su empeño de cultura, de civilización y de justicia.

CÓMO TRABAJA EN ESTADOS UNIDOS LA QUINTA COLUMNA

EL boletín oficial de la Liga Antinazi de Nueva York, en su número de marzo de 1943, se refiere a la reorganización del "America First Committee", dirigido por Gerald L. K. Smith, conocido lugarteniente del difundo Huey Long, por el no menos famoso Charles E. Coughlin, por Eddio Rickenbacker y por el exglorioso piloto trasatlántico Charles Augusto Lindbergh.

A este último, reconociéndole sin duda su pericia en el manejo de aeroplanos, lo señalan los del grupo nada menos que como probable candidato a la presidencia de los Estados Unidos.

La flamante organización, de acuerdo con lo que asegura el boletín antinazifascista arriba mencionado, ya está trabajando con gran actividad, y con fuertes sumas de dinero, en numerosos Estados de la Federación anglosajona.

Por supuesto que, además, tiene a su servicio periódicos de tanta importancia como el "Daily News", el "Chicago Tribune", el "Washington Times-Herald" y algunos otros diarios y revistas, estratégicamente distribuidos desde Massachusetts hasta California y desde San Antonio, Texas, hasta la frontera del Canadá.

La propaganda básica de este nuevo partido, aislacionista y antidemocrático, se puede resumir en una serie de puntos concretos, que en pocas palabras rezan lo que sigue:

1.—Estamos en guerra porque el Presidente Roosevelt quería la guerra; porque los ingleses deseaban que entrá-

semos en la hecatombe; y porque los judíos estaban decididos a vengar por nuestro medio el sufrimiento de sus correligionarios en Europa. A todos ellos únicamente les inspira el odio a muerte que sienten por los alemanes.

2.—La administración de Franklin Roosevelt y de los hombres que lo rodean, está corrompida de pies a cabeza. Hay demasiada concentración de autoridad en Washington, en donde los politiqueros del "new deal" hacen de las suyas. Radicales y comunistas son los amos de los Estados Unidos.

3.—Nuestros aliados son torpes e incapaces de prestarnos una cooperación efectiva. Sólo quieren aprovecharse de nosotros. (Ojo a las declaraciones del senador don Hugo Butler, en noviembre del 43, páginas finales de este volumen. ¡Todos quieren "aprovecharse" de los Estados Unidos, incluso Hispano América!). Rusia no persigue otro fin que el de inyectarnos sus ideas comunistas, en tanto que la Gran Bretaña pretende arrebatar a nuestra industria su mercado internacional de exportaciones y de materias primas. La historia de dichos aliados es realmente deshonrosa. Nosotros debemos ser imperialistas como nuestros "amigos", y obtener todas las ventajas posibles tanto ahora como después de la guerra.

4.—La guerra hace a los hombres crueles, jugadores, alcohólicos y viciosos. Nos hace perder, al mismo tiempo, nuestros derechos civiles. A los periódicos se les censura, de tal manera que los enemigos de la administración no pueden expresar sus pensamientos ni sus sentimientos. En otras palabras, el pueblo norteamericano está sufriendo una dictadura insoportable, por lo que el Presidente Roosevelt no puede seguir afirmando que luchamos por la libertad.

5.—Los Estados Unidos concentran la mayor parte de sus fuerzas en Europa y no contra el Japón. No deberíamos combatir a los alemanes tan rudamente, porque eso en último caso tendrían que hacerlo Inglaterra y el Soviet. El "segun-

do frente" europeo no es más que una campaña del comunismo internacional para salvar a los bolcheviques.

* * *

Bastan estos cinco puntos para darse idea de la forma en que el quintacolumnismo, con libertad de acción verdaderamente inconcebible, trabaja sin descanso en los Estados Unidos.

La intensa campaña del "Daily News" y de los demás periódicos a que antes se hizo referencia, llega a tales extremos que justifica la actitud agresiva y combativa de los nazis. Textualmente, en su página editorial, escribe sobre el particular el "Daily News":

"Los nazis tienen tanto derecho de pelear por el Reich, como los rusos y los ingleses tienen también el derecho de salir en defensa de su patria. Hitler lleva sobre sus hombros la responsabilidad de resolver los problemas de Alemania, a la que no se trató con justicia en la postguerra de 1918 ni en años subsiguientes.

"La Gran Bretaña es tan mala como Alemania, porque también ella ha sacrificado y humillado a numerosos países. Rusia, por su parte, nada tiene que envidiarle al nacional-socialismo de los germanos en materia de tiranía".

A todas estas afirmaciones contestan los editores del boletín antinazi de Nueva York punto por punto, pero tropiezan con la dificultad de que los grandes diarios norteamericanos, la llamada "prensa seria", no da cabida al punto de vista de los enemigos del Eje, ayudando así a que aumenten en aquel país la desorientación y el confucionismo, que parecen ser males característicos de la época contemporánea.

La respuesta de los demócratas norteamericanos no puede ser más simple ni más sencilla. "La causa fundamental de esta guerra—dicen ellos—es la agresión del Eje, no sola-

mente contra sus países vecinos de Europa, sino también contra Pearl Harbor y otras posesiones territoriales de los Estados Unidos”.

“La oposición al nazismo no se inspira en el odio ni en deseo ninguno de venganza. La guía, solamente, un alto espíritu de justicia”.

“La razón por la cual las Naciones Unidas pelean en Europa, en Asia, en Africa y en el Pacífico, no es otra sino que están resueltas a poner fin a las agresiones de Alemania y el Japón, así como al dominio de ideologías de superioridad racial, que la humanidad civilizada no está dispuesta a tolerar”.

¡Pero cosas tan simples, tan elementales, que aclararían todo lo que se dice y escribe sobre doctrinas mal comprendidas o malinterpretadas, encuentran con cerrojo a los grandes diarios capitalistas, empeñados en que continúe y se haga cada vez mayor el confusionismo de estos últimos meses!

Así es como trabaja en Estados Unidos la quinta columna, semejante por supuesto a la que, con otros matices, hace su fructífera labor en las demás repúblicas del hemisferio occidental.

CONFERENCIAS, PLANES Y PROMESAS

MARZO de 1943 ha sido uno de los meses de mayor movimiento diplomático entre las Naciones Unidas, fe-
cundo en declaraciones y en proyectos sensacionales.

Ha sido también, al mismo tiempo, de los más agitados y contradictorios, como consecuencia de las maniobras de la quinta columna y de sus servidores nazifascistoides, que no son pocos, incluso en oficinas diplomáticas de Washington y de Londres.

De todo eso saben aprovecharse siempre los totalitarios a las órdenes de Goebbels, quienes están listos a toda hora para sembrar el desconcierto y el confucionismo, tanto en los sectores radicales, como en los que pudieran llamarse de centro y, desde luego, en las tinieblas de derecha.

Restableceríase sin duda la moral de los que la van perdiendo, si la Gran Bretaña y los Estados Unidos decidiesen al fin apoyar a Rusia y a China con la apertura del segundo frente; pero como esperar tan anunciada y siempre pospuesta decisión sería pedirles demasiado a las dos grandes democracias capitalistas, tendrá que seguir conformándose la humanidad—mientras las promesas sólo sigan siendo promesas—con las palabras y con las declaraciones a que se hizo referencia en las primeras líneas.

* * *

Entre esas declaraciones, planes o proyectos del mes de marzo, vale la pena recordar la proposición de los Estados

Unidos para que se celebren conferencias multilaterales, con objeto de estudiar los graves problemas que se presentan al mundo, sin esperar a que la guerra termine.

Insinuó Washington la necesidad de un cambio preliminar de impresiones con sus aliados, de tal manera que al reunirse las anunciadas asambleas esté unificado el criterio de las naciones democráticas, y se pueda laborar sobre bases concretas, realmente prácticas y efectivas.

Vale la pena tomar nota, igualmente, de que pocos días después de haber hecho público su proyecto el Gobierno norteamericano, llegó a Washington el Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, Capitán Anthony Eden, dispuesto a iniciar desde luego el consabido cambio preliminar de impresiones con su poderoso aliado del hemisferio occidental.

Sobre el tema de las conferencias en perspectiva, poco antes de que el Presidente Roosevelt enviase al Congreso su proyecto de sesenta páginas para la organización política, social y económica de la postguerra, había advertido el hasta entonces todavía Subsecretario de Estado, Mr. Sumner Welles, cosas como las siguientes:

“Pueden sobrevenir graves trastornos si las Naciones Unidas no se ponen de acuerdo sobre los problemas fundamentales creados por la guerra”. Y recomendó muy especialmente aquel experto anglosajón la urgencia de preparar la maquinaria que reúna y estudie todos los aspectos internacionales, de preferencia los de origen económico, “en todos los países que son afines los unos de los otros”. Agregó textualmente el señor Welles:

“De no comenzar tal estudio a la mayor brevedad posible, hay el peligro de que los puntos de vista y ciertas normas divergentes lleguen a complicarse, con detrimento del esfuerzo bélico que realizan hoy las democracias por conseguir una paz que no sea simplemente el intervalo de otra

guerra, todavía más horrible y más destructora que la que estamos sufriendo.

“Mi gobierno cree que la iniciación de tales estudios ya se ha demorado bastante. Si no comenzamos a trabajar ahora mismo, es probable que al obtener la victoria tengamos que discutir una serie interminable de proyectos contradictorios”.

Hizo ver además, como indicio de lo que puede lograrse a base de buena voluntad, las magníficas relaciones de cooperación que desde hace algunos años prevalecen entre las repúblicas de este continente, afirmando entonces que lo mismo puede lograrse en todas las regiones del planeta.

* * *

Coincidiendo con el modo de pensar del que era a la sazón Subsecretario de Estado de su patria, proclamaba en esos mismo días el Vicepresidente norteamericano, Mr. Henry A. Wallace:

“El mundo será un caos si no se estatuye previamente la paz, porque el hombre tendría que enfrentarse a un desastre peor que la guerra misma, con una serie de revoluciones y con la miseria como resultado de tal desbarajuste”.

De acuerdo con el punto de vista del señor Wallace, el primer paso para evitar “semejante infierno sobre la tierra” tendrá que ser la creación, por las Naciones Unidas, de un organismo que desarme y mantenga desarmadas a las naciones agresoras, así como el establecimiento de condiciones económicas mundiales que prometan a todos los pueblos oprimidos salir de su miseria.

“Al efecto—dijo—debe proveerse a la humanidad de una ley internacional de paz, de una corte internacional de paz y de una fuerza internacional de paz, que pueda bombardear sin misericordia a cualquier nación agresora que pretenda dar el primer paso hacia el rearme”.

Sobre estos mismo tópicos, desde el 22 de julio de 1941, había también manifestado el antes referido Mr. Sumner Welles que la Sociedad de las Naciones, concebida por el Presidente Wilson, fracasó en parte por el egoísmo ciego de ciertos hombres; y porque algunas potencias querían utilizarla para sus ambiciones políticas y comerciales.

Agregó en aquella fecha el ex Subsecretario de Estado que la nueva Sociedad de las Naciones, la que se establezca definitivamente después de esta hecatombe, deberá servir como instrumento eficaz e imparcial para que se realicen los ajustes pacíficos que los pueblos necesitan, “pues ninguna paz futura será posible ni durable si no establece, de manera completa y adecuada, los derechos naturales de todos los pueblos a un goce igual de los bienes económicos”.

Con todos estos planes y promesas estamos de acuerdo los hispanoamericanos.

¡La cuestión es que no se queden en simples palabras, como el segundo frente!

¡¡Y como tantas otras cosas!!

POR QUE HA PODIDO CELEBRARSE EL DIA DE LAS AMERICAS

NADIE hubiera creído, hace apenas unos cuantos lustros, que de un extremo al otro de nuestro continente se pudiese celebrar el Día de las Américas—el día de la solidaridad continental americana—como vemos que ahora se celebra, en la fecha propuesta y aceptada del 14 de abril.

Resultado viene a ser tan necesario acercamiento de la política del buen vecino.

De las declaraciones y promesas de los más altos funcionarios norteamericanos, definidas y concretas, condenando todo imperialismo en sus distintas formas.

De que ya no están en el poder de la nación septentrional los que siempre miraron hacia el sur con espíritu de superioridad y ambiciones de dominio, sino los que desean hacer de este hemisferio—de acuerdo con sus propias palabras—una comunidad de veintiún repúblicas libres, independientes y soberanas.

Fruto, en fin, de la muy traída y muy llevada Carta del Atlántico, que se le ofrece al mundo como una continuación de los catorce postulados del Presidente Woodrow Wilson.

Bien es verdad que el programa de aquel discutido visionario, ex Rector de la Universidad de Princeton, fué destrozado en Versalles por los representantes del imperialismo europeo, y combatido por los aislacionistas de la propia Federación anglosajona, cuyas cámaras legislativas ni siquiera estuvieron de acuerdo en que los Estados Unidos formaran parte de la Sociedad de las Naciones.

Bien es verdad, de igual manera, que después de Wilson e incluso en los últimos años de su administración, a pesar de cuanto se dijese y predicase sobre el respeto a las naciones materialmente indefensas, tales prédicas no coincidían con la realidad de intervenciones armadas en nuestros pequeños países, sin duda porque a la sazón las fuerzas económicas de Wall Street eran mucho más poderosas que lo que pudiese ofrecer o pensar la Casa Blanca.

Bien es verdad, sintetizando, que como resultado de política norteamericana tan contradictoria—lo que se proclamaba en mensajes o congresos y lo que se ejecutaba con acorazados—, tuviese campo fecundo la desconfianza para crecer y prosperar desde México hasta la Patagonia.

* * *

Cosa semejante había ocurrido desde fines del siglo XVIII y a todo lo largo del siglo XIX, tanto en la política interior de las trece colonias recientemente independizadas de Inglaterra, como en el desarrollo de su política internacional, conforme se iban fortaleciendo y multiplicando aquellas estrellas o Estados, hasta convertirse en una gran potencia.

Mientras Hamilton, en lo interior y en lo internacional, llamaba “respetables” a las castas privilegiadas, veía con desdén a los humildes y se declaraba protector a todo trance de la explotación y de la riqueza, Jefferson defendía lo que él llamaba el “hombre común”, pidiendo una justicia igual y exacta para todos los seres humanos en cualquier sitio de la tierra.

Y del mismo modo, en tanto que Henry Clay y James Monroe abogaban por un panamericanismo leal y generoso, de raigambre bolivariana, el Presidente Polk, al correr de pocos años, se lanzaba sobre México en 1846, le hacía perder la mitad de su territorio y clavaba sus ojos ávidos en el

Istmo de Tehuantepec, girando instrucciones simultáneas a su Ministro Saunders en Madrid, para que ofreciese hasta cien millones de dólares a España por la entonces colonia de Cuba.

Jackson con anterioridad, y Lincoln, muchos años después, hasta su asesinato en 1865, fueron enemigos rotundos de la esclavitud y del monopolio financiero; se enfrentaron valerosamente a los "respetables" de Hamilton; dedicaron todo su esfuerzo y todo su poder a la liberación del "hombre común" de Jefferson; ofrecieron a su pueblo, en resumen, una segunda declaración de independencia, que también se hacía extensiva a las demás naciones del planeta.

Y así fué la Historia de los Estados Unidos dando tumbos.

Washington contra Wall Street y Wall Street contra Washington, o ambas fuerzas unidas.

Corrupción financiera.

Preponderancia plutocrática.

Diplomacia del dólar.

Agresiones imperialistas contra pueblos sin acorazados del hemisferio occidental.

¡Hasta que se llega a Wilson con la guerra mundial número uno, y de su famoso discurso de Mobile se salta a la política del buen vecino, y de sus catorce postulados se viene a encontrar la humanidad con las cuatro libertades del Presidente Roosevelt, consecuencia lógica de la guerra mundial número dos!

* * *

Surgirán, desde luego, las dudas y las interrogaciones, precisamente por lo que ha sucedido a través de tantos años, y por el poderío y la supervivencia de las grandes fuerzas capitalistas, que hoy como ayer trabajan por lo suyo a la sombra del apaciguamiento.

Todo eso es verdad. Pero hay ahora la ventaja—¡trágica ventaja!—de que el mundo está convulsionado hasta lo más hondo de su entraña, y de que los aislacionistas, los grandes explotadores internacionales, sin más apoyo que sus mezquinos intereses, van perdiendo fuerza y poderío frente a la hecatombe máxima que a todos nos sacude, frente al torrente de sangre que el “hombre común” está pagando por su libertad.

Y existe también la circunstancia, en lo que al nuevo mundo se refiere, de que ya será muy difícil la contradicción política de Washington y de Wall Street, con relación a la política internacional de nuestro continente.

Por eso se habló al principiar esta nota del Día de las Américas, conmemorado el 14 de abril. Dijo en esa fecha de 1943 el Presidente Roosevelt:

“Hoy cada uno de los países americanos está cumpliendo sus obligaciones en la defensa de nuestra libertad. Pueden estar seguras esas repúblicas de que su futuro está debidamente asegurado en el concierto de las naciones libres, que constituirá el mundo del mañana.”

El mismo día, en un discurso pronunciado ante la Mesa Directiva del Comité Panamericano, expresó el Secretario de Estado, Cordell Hull, que la doctrina de la solidaridad continental “se basa en la amistad, la cooperación, la no intervención y el respeto a los principios de soberanía, igualdad, moralidad, ley, orden y justicia”. Agregó que tales derechos inalienables de los pueblos americanos son y deberán ser respetados.

Por su parte el Vicepresidente, Mr. Henry A. Wallace, dirigiéndose al Senado del Perú, pues para entonces se encontraba de visita en Lima, hizo nuevas y sensacionales declaraciones acerca de la solidaridad continental americana, “exteriorizada en múltiples y efectivos hechos”. Se refirió luego al mundo futuro, “que deberá asentarse en las cuatro

libertades contenidas en la Carta del Atlántico”. Y predijo que este mundo transformado que se avecina, “impondrá la justicia y el derecho como normas definitivas de convivencia humana”.

El incluso no podía faltar la voz de Mr. Sumner Welles, quien afirmó en el Club Rotario de Nueva York que la política del buen vecino, establecida por el Presidente Roosevelt, “puede llamarse con justicia la hazaña más destacada de la vida internacional, firme piedra angular para el orden futuro del mundo”. No tuvo inconveniente el señor Welles en darnos la razón a los antiimperialistas hispanoamericanos (¡alguna vez habría de hacerlo!) con frases tan rotundas como las siguientes:

“Hace algunos años nuestra marinería aún montaba guardia en el territorio de este o aquel de nuestros vecinos. En otras repúblicas del sur, ya libres de marinería, continuaban imperando consejos financieros de este país con poderes casi dictatoriales. Sobre otro grupo de naciones seguía suspendida la espada de Damocles, mediante tratados impuestos que nos concedían el derecho de intervenir para mantener el orden. Por eso muchos pueblos americanos no tomaban en serio una política que los Estados Unidos podían infringir a su antojo.”

* * *

En ambiente de tal modo propicio a la libertad y a la transformación política y económica de América, teniendo como tenemos de nuestra parte no sólo a los altos funcionarios del Partido Demócrata norteamericano, sino también a los progresistas del grupo contrincante encabezados por Wendell Willkie, es fácil comprender y explicar que exista por fin la solidaridad continental en este lado del Atlántico.

(¡ Aunque no, precisamente, entre aquellos o con aquellos gobernantes que cantan los falaces a la democracia y en-

carcelan a los demócratas, relamiéndose de gusto con los crímenes de Hitler o de Francisco Franco!)

Mas saliendo del paréntesis, cabe explicar y comprender, igualmente, que la fecha del 14 de abril se haya también conmemorado en las más importantes capitales hispanoamericanas, donde cancilleres y diplomáticos precisaron, con toda franqueza, sus puntos de vista. Manifestó, por ejemplo, el Secretario azteca de Relaciones Exteriores, Lic. don Ezequiel Padilla:

“Los hombres que pelean y los que trabajan tienen puesta su fe en la plataforma de principios que las Naciones Unidas y el clamor de los pueblos han escrito en sus estandartes. La democracia no es sólo una garantía de libertades políticas; es, al mismo tiempo, una garantía de seguridad económica y una garantía de paz internacional.

“Después de esta lóbrega noche llegará un día en que el continente quedará consagrado como el recinto de la verdadera libertad, de la prosperidad distribuída para todos y de la dignidad personal asegurada para cada hombre de América.”

Por su parte J. Rubén Romero, Embajador de México en Cuba, hizo ver cómo Hispano América desea que la política del buen vecino se constituya en la política permanente de los Estados Unidos, necesitando estar seguros de que “no subsistirá en América ningún gobierno despótico, ni ciertos regímenes en beneficio de los factores financieros de ningún otro país”. Agregó textualmente lo que sigue el citado Embajador mexicano en la gloriosa tierra de Martí:

“Tememos que como todo se está racionando, también nos quedemos con la libertad racionada”. Y para terminar su discurso evocó la imagen de una América fuerte, unida y poderosa, “donde los pueblos pequeños puedan asistir eficazmente a la eterna causa de las libertades humanas”.

* * *

Eso es precisamente lo que deseamos conquistar, mediante la solidaridad continental, que no podrá mantenerse a base de despotismos sino con el apoyo de las grandes fuerzas populares, únicas sobre las cuales podrá descansar el desarrollo de nuestra democracia política y económica: ¡Que todos los pueblos, así los grandes como los pequeños, puedan asistir eficazmente a la eterna causa de la libertad humana!

Y a eso llegaremos, porque incluso gobernadores como el de Illinois, Mr. Dwight H. Green, en carta suya para la revista continental "Hemisferio", asegura que la íntima asociación interamericana, como aliados en defensa de la justicia, "será una fuerza enorme para obtener la paz y la prosperidad para todos; y como cada uno de nosotros estamos participando igualmente en esta grandiosa lucha, nos sentaremos lado a lado, cuando llegue de nuevo la paz, en el gran Congreso de las Naciones Unidas".

Allí, en ese Congreso de las Naciones Unidas, podría también plantearse lo que el juriconsulto mexicano, Lic. don Luis Sánchez Pontón, ha esbozado en algunos de sus estudios: incorporar al derecho positivo americano, a sus textos constitucionales, las normas civilizadas del Derecho Internacional, discutidas y aprobadas por las veintiún repúblicas de nuestro continente en sus numerosas conferencias de más de medio siglo.

El autor juzga indispensable que nuestros países adopten con entusiasmo la tesis jurídica del ex Ministro de Educación Pública de México, porque así la solidaridad continental americana no se quedaría en frases ni en promesas antiimperialistas, entrando de lleno en el plano de las realizaciones internacionales.

Esta obra es propiedad del
SIBDI - UCR

ROOSEVELT Y WALLACE EN TERRITORIO HISPANOAMERICANO

MIENTRAS el Vicepresidente de los Estados Unidos, Mr. Henry A. Wallace, seguía su jira de acercamiento por casi todas las repúblicas de la América del Sur, Franklin Delano Roosevelt llega de improviso a Monterrey, el 20 de abril de 1943, y allí estrecha la mano del gobernante de México, General de División don Manuel Avila Camacho.

Será muy difícil, después de lo que dicen y hacen—en apoyo de la política del buen vecino—los dos herederos norteamericanos del ideario de Jefferson y de Lincoln, que prevalezca de nuevo en su país el contraproducente sistema de amenaza y de agresión de sus antecesores.

Será muy difícil, después de lo que oímos y leemos contra la explotación y el dominio imperialista, según lo expresan ambos funcionarios, que retroceda el nuevo mundo a la época denigrante y criminal del "big stick".

Será pues difícil, al cabo de siembra tan humana y tan fecunda—en la que también colaboran otros destacados personajes de la actual administración anglosajona—, que vuelvan a sus andadas los insaciables plutócratas de Wall Street, valiéndose de algún Knox en perspectiva, de algún Coolidge, Kellogg, Hoover o Hughes, para echarnos encima, detrás de los dólares, "blue jackets" y acorazados con el pendón de las barras y de las estrellas.

El clima que se está formando ya no es propicio a tan sangrientos atentados.

Del norte—¡del norte!—nos llega buen caudal para nuestra corriente de liberación.

* * *

Dijo en Monterrey el Presidente Roosevelt:

“Sabemos que ha pasado ya, definitivamente, la época de la explotación de los recursos y del pueblo de un país, para beneficio de grupos de otro país”.

“Ya es hora de que cada ciudadano, en cada una de las repúblicas americanas, reconozca el hecho de que la política del buen vecino significa que el daño causado a una de ellas, implica un daño para todas y para cada una de las demás”.

“Sin excepción, hemos reconocido el principio de la independencia. Ya es tiempo de reconocer también que la interdependencia de unos y de otros constituye un privilegio”.

El General Avila Camacho, por su parte, acababa de externar estas palabras:

“Queremos una convivencia, limpia de las amenazas, perpetuas que emanan de todos los apetitos de hegemonía”.

“No fué el odio, por cierto, el que nos hizo admitir la guerra en que nos hallamos. Ni fué el mezquino interés de eventuales ventajas prácticas”.

“Nuestro camino auténtico no ha variado. Nuestro sentido histórico del honor sigue siendo el mismo que se expresó con las armas, en el pasado, para defender nuestro territorio y sostener nuestras instituciones”.

“Si el solidarizarnos con vuestra patria en la presente emergencia, señor Presidente Roosevelt, hubiera implicado para nosotros un cambio imperioso de derrotero, nuestra cooperación no gozaría del unánime apoyo que la opinión mexicana le otorga”.

De modo que los estadistas sinceros (también los trabajadores de las dos Américas) se unen y se fortifican para

enfrentarse, en español y en inglés, a las minorías succionadoras—concesionarios, petroleros, prestamistas, vendepatrias—, responsables de la ignominiosa situación que todavía prevalece en la mayor parte de los feudos hispanoamericanos.

* * *

Quiere decir, entonces, que por lo menos en lo que a independencia se refiere, a respeto por la soberanía de las naciones débiles, podremos cantar victoria si las prédicas y las cosas siguen como van.

Queda pendiente, sin embargo, lo que atañe al concepto de libertad, ya que ambas ideas se identifican a menudo, pero no cabe confundirlas. Dice al respecto don Alvaro de Albornoz:

“La independencia se refiere a la colectividad; la libertad al individuo. La independencia se afirma frente al exterior, frente al extranjero; la libertad, en el interior, frente a los poderes de la propia comunidad. La independencia puede no ser más que la expresión del patriotismo territorial; la libertad supone el patriotismo espiritual que Renán define como un plebiscito incesante. La independencia se halla a la vez protegida y limitada por las fronteras, hitos, mojones, gendarmes, carabineros; la libertad no tiene más protección ni más límite que la ley.

“Las garantías de la independencia dependen de la fuerza y tienen, por lo común, su expresión en los ejércitos; las de la libertad se basan en el Derecho y no tienen, en definitiva, más sostén que el espíritu de ciudadanía. La independencia se exterioriza en símbolos materiales, banderas, escudos; la libertad, cuanto más firme, más recatada y más íntima. La independencia y la libertad son momentos distintos y aspectos diferentes en la evolución nacional.

“El espíritu de independencia se acusa ya en los albores de la nacionalidad; el espíritu de libertad se desenvuelve un poco más lento y trabajoso. El enemigo de la independencia es el invasor; el de la libertad, el tirano bajo cualquiera de las formas que la tiranía ha revestido en la Historia. La lucha contra el invasor es la guerra de independencia; la lucha contra el tirano, la revolución.

“No puede haber libertad sin independencia, pero puede haber independencia sin libertad. El espíritu de independencia se manifiesta a veces en tribus montaraces sin el menor sentido de la ley y del orden, que son el clima de la libertad. Y pueblos que han alcanzado, tras victoriosas guerras, la independencia, han seguido viviendo en la servidumbre bajo el despotismo político, militar o plutocrático”.

Esto último es lo endémico en algunas repúblicas del sur, y lo que estamos obligados a evitar que perdure en la postguerra. Porque nada habremos ganado con que nos respeten las potencias extranjeras, y con gozar de relativa independencia en el concierto de las naciones libres, si en lo interior siguen siendo víctimas de toda suerte de despotismos determinados pueblos del hemisferio occidental.

Tal vez sea esa la razón por la cual los señores Roosevelt y Wallace, así como los hombres que los rodean, no se conformen con hablar de independencia. Insisten en la necesidad de que junto a la soberanía pueda desarrollarse, en toda su plenitud, la libertad. ¡Las cuatro libertades!



Y como esas cuatro libertades no existen en el caso concreto, verbigracia, de la América Central, con excepción de Costa Rica; y como en esas repúblicas, sojuzgadas por vergonzosas satrapías que se dicen democráticas, está vivo a pesar de todo el espíritu de libertad, nos encontramos con la

buena nueva de que el "Frente Unionista Nacional Centroamericano" de San Salvador, y el histórico "Partido Unionista" semiasfixiado en Managua, y el poderoso núcleo que con iguales postulados funciona en la capital costarricense, agrupaciones filiales—como se vió en apuntes anteriores—de "Unión Democrática Centroamericana" establecida en México; nos encontramos, pues, con que todos esos organismos han planteado a Mr. Wallace la situación de aquellos pueblos, de modo que la Casa Blanca esté bien enterada de lo que ocurre en Centro América.

Ni en Guatemala, ni en El Salvador, ni en Honduras, ni en el cuartel nicaragüense de Somoza hay elecciones. Allí los presidentes se reeligen a su antojo, con violación flagrante de las leyes fundamentales y de los Tratados de Washington de 1923. Allí no hay libertad de prensa, ni libertad de sufragio, ni alternabilidad en el poder, ni el más leve asomo de respeto a los principios que sustentan las Naciones Unidas.

"Queremos aprovechar su permanencia en Costa Rica —le dicen las agrupaciones citadas al señor Wallace—para darle a conocer nuestras aspiraciones cívicas y las irregularidades que ocurren en nuestros gobiernos, con vista al magno esfuerzo que los Estados Unidos y en particular su Presidente, el señor Roosevelt, están realizando en bien de la humanidad: la afirmación de la doctrina democrática, la exaltación de la justicia humana y la libertad de todos los hombres sobre la tierra.

"Algunas, si no todas las verdades de la Carta del Atlántico, figuran en las Constituciones políticas de nuestros países; pero esas libertades no han pasado de ser letra muerta ni se han vivido como reglas inviolables en la Historia de nuestras naciones.

"Numerosos son los reclusos en las cárceles de nuestros pueblos por contrariar el capricho de nuestros gober-

nantes, como numerosos somos los que sufrimos en el ostracismo, señor Wallace, por no transigir con la arbitrariedad de los dictadores.

“Sería inhumano que después de la contienda que ensangrienta al mundo, los grandes y los pequeños pueblos no lograran vivir una existencia mejor, de orden, de dignidad, de solidaridad inteligente y de progreso esencial.

“Tenemos fe en hombres como usted, como el Presidente Roosevelt, como todos aquellos varones que han asumido la responsabilidad de esta hora. Ustedes no pueden engañarse ni engañarnos. La verdad para nosotros es simple: se reduce a que las grandes naciones del mundo, Estados Unidos entre ellas, pongan su poder moral al servicio de la justicia de los pueblos y no de los mandatarios. No queremos sino vivir nuestras Constituciones democráticas, sobre todo en lo que ellas tienen de fundamental en el ejercicio de la libertades humanas”.

Cosas más o menos semejantes habrá visto y escuchado también el señor Wallace en algunas otras repúblicas al sur de Panamá. De ahí la importancia de su visita a nuestras tierras, no como agente de Wall Street, sino como representante genuino de los ideales de independencia y libertad del Presidente Roosevelt.

TRAYECTORIA INTERNACIONAL DE MEXICO

SATISFECHOS pueden sentirse los mexicanos por la actitud irreprochable de su Gobierno, de acuerdo con el Derecho de Gentes, antes y después de la fecha en que Berlín y Roma comenzaron a desollar corderos pascuales, dasatando en esa forma la carnicería sin parangón que sufre hoy la humanidad.

¡Carnicería que tiene en paños menores—¡muy menores!—lo que con la boca extraordinariamente abierta solían llamar algunos políticos, sociólogos, economistas, religiosos y letrados supercultos, “civilización occidental”!

¡Bien quisiéramos los ciudadanos de otros países de este continente; bien quisieran los engreídos súbditos de ciertas Majestades europeas, o los compatriotas sin culpa suya de Petaines y de Lavales; bien quisiéramos nosotros y bien quisieran ellos ocupar en la Historia el elevado sitio a que se han hecho acreedores los “revoltosos” hijos de la tierra de Juárez!

Mientras las grandes potencias cerraban los ojos a la realidad y se convertían en cómplices de la agresión, permitiendo que en la propia Sociedad de Ginebra se rompiera la política de seguridad colectiva, solamente México en lo que atañe al nuevo mundo, y solamente Rusia entre todas las viejas naciones del otro lado del mar—insisto en repetir—, se enfrentaban a las constantes provocaciones y a los criminales atropellos del Eje totalitario.

Así en el caso de Manchuria, de Abisinia, de Austria, de España, de Checoeslovaquia, hasta que todas esas violacio-

nes de territorios y de tratados condujeron, como tenían que conducir, al desencadenamiento de la guerra mundial número dos.

¡Sólo México y sólo Rusia, los dos países más calumniados y difamados por el capitalismo internacional, los que habían hecho su revolución—buena o mala—en beneficio de las grandes mayorías desposeídas; sólo México y sólo Rusia—Bassols, Fabela, Litvinov—elevaron su voz en la capital de Suiza, señalando el peligro e insistiendo en que se respetase y se cumpliese el Pacto de la Sociedad de las Naciones, con lo cual se hubiera podido evitar este magno ataque de la bestia parda contra el hombre desprevenido del siglo veinte.

* * *

Ejemplar lección dieron ambos países, calificados de rojos y de comunistas, a las supercultas cancillerías de potencias y de no potencias “blancas”, “amigas del orden”, “antibolcheviques”, muy dadas a mirar por encima del hombro a pueblos y a estadistas de “color subido”.

Con excepción de las principales víctimas de la barbarie, cuyos representantes en la Liga denunciaban las agresiones de que eran objeto, ni la Gran Bretaña, ni Francia, ni Holanda, ni Polonia, ni Noruega, ni ninguna pseudodemocracia de las más avanzadas tuvo el valor de afrontar aquella situación, de cobardía desesperante o de torpeza inexplicable, como lo hicieron los delegados de México y del Soviet.

Y esa actitud se ha mantenido a lo largo de los años y de la tragedia, en forma tan elocuente y tan gallarda, que incluso el Presidente Roosevelt ha tenido que reconocerlo cuando le dijo al Presidente Avila Camacho, en su ya comentada visita a Monterrey:

“En la construcción de esta nueva política internacional, el papel desempeñado por México ha sido sobresaliente.

Gobernantes y Secretarios de Relaciones Exteriores de vuestra patria, señor General Avila Camacho, se peccataron de la naturaleza de esta lucha con la que ahora nos enfrentamos, en tanto que otras naciones—mucho más cercanas al foco de infección—seguían permaneciendo ciegas”.

* * *

Al correr de los meses, cuando ya el incendio de la guerra se extendía sin remedio al mundo entero, México fué atacado en sus propias aguas territoriales por submarinos del salvajismo teutón.

Declaró entonces este país la guerra al Eje; rompió después sus relaciones con el gobierno pelele de Vichy; las mantiene con el régimen del General de Gaulle, único que tiene derecho a levantar su voz por la defensa y el honor de los franceses; y en el caso de España sólo México, entre todas las repúblicas americanas, no ha reconocido—probablemente nunca lo reconocerá—, como gobernante de facto ni de jure, al llamado Caudillísimo de la ensangrentada península cuya continuación histórica y cultural—con todos sus vicios y con todas sus virtudes—está en América, quiérase o no, desde el Río Bravo hasta el extremo sur de Chile y la Argentina.

En lo que concretamente incumbe a la tragedia española, ha podido sentarse de manera definitiva que el Presidente Avila Camacho mantiene el punto de vista de su antecesor, el señor General Lázaro Cárdenas.

Así quedó demostrado, sin lugar a duda, en el emocionante banquete que más de mil quinientos refugiados españoles le dedicaron, el 25 de marzo de 1943, al actual gobernante de los Estados Unidos Mexicanos.

Y esto sucedía mientras los apaciguadores de otras naciones, sin excluir a norteamericanos ni a británicos, agasa-

jaban y apoyaban—como siguen agasajando y apoyando—al execrable militaroido don Francisco Franco, el más servil y sanguinario Quisling de los territorios ocupados y sojuzgados en Europa por las hordas hitlerianas.

En ese magnífico festival, sin que le arredran los herederos del difunto Chamberlain, ni la presencia de diplomáticos cuyas cancillerías se mecen y se refocilan con los falangistas, no tuvo reparo el señor Avila Camacho en expresar su adhesión a la República Española, diciendo cosas como éstas:

“No saludo sólo en vosotros a las primeras víctimas europeas de la ambición totalitaria, que ha sumergido a la tierra en un mar de sangre. No veo sólo en vosotros a los defensores gloriosos de una República que quiso hacer de España una hermana activa de los países de América, sino a los más firmes pilares del puente augusto que habrá nuevamente de unir en lo espiritual, a través del océano y de los siglos, a todos los seres que hablan y piensan en castellano.

“Os felicito por la gallardía de vuestro ánimo, y hago votos por que el término de la conflagración que ahora aflige al mundo devuelva vuestro destino a la continuidad de esa España eterna, por la que luchásteis sin desfallecimiento, y a la que deseo consagrar en estos instantes, junto con vosotros, un pensamiento impregnado de afecto y de admiración”.

* * *

¡Ovaciones clamorosas!

¡Gargantas enronquecidas de tanto vivir a México y a la verdadera España!

¡Embajadores y Ministros Plenipotenciarios que bajaban, entretanto, la cabeza!

Tal vez mostrábanse apenados de que México, en 1943 como en años anteriores, tuviese que señalar a los grandes

y a los pequeños gobiernos democráticos, los de Europa y los de América, el único camino a seguir para limpiarse de tantos fangos y de tantas responsabilidades.

¡El fango de los darlanismos!

¡El fango de acuerpar y defender traidores!

¡El fango de la complicidad con la pandilla miserable de Falange!

De todo eso se ha salvado la nación de Hidalgo, de Morelos, de Juárez; la nación de un tercio de siglo en incesante y combatida lucha revolucionaria.

De todo eso se ha salvado, a pesar de las fuerzas derechistas que odian y denigran a los próceres; que suspiran todavía por los virreyes, por la corte de Maximiliano, por lo criticable y superficial de don Porfirio a los ochenta, por las espuelas de los militares y por la "cristiana generosidad" de latifundistas y encomenderos.

Satisfechos, por lo mismo, pueden estar los mexicanos.

Mas en proclamarlo y escribirlo no se hable de adulaciones para nadie, pues que ofrecerse y entregarse a ello no fué jamás cuerda del suscrito.

¡No he menester de cosas en tal forma criticables, para bien ni para mal, así se trate de muertos o de vivos!

MARIA CAYETANA Y OTRAS ESCORIAS HISPANICIDAS

NO es mío el encabezamiento. Me lo ha sugerido un es-
pañol de cuerpo entero, al glosar con amargura las
dolencias de su patria.

Suyo es también el comentario que a continuación, sin
comillas, haciendo un esfuerzo de memoria, me tomo la li-
bertad de reconstruir.

Como vejiga con canuto ramificado, en el que todos so-
plan, así han venido inflando los totalitarios y los demó-
cratas al pequeñín "Generalísimo" de la España hitleriana.

Casi le tienen a punto de reventar. Bastaría un pincha-
zo de alfiler para que el viento le saliese con más rapidez
que entrara. Sería suficiente operación tan mínima, para que
el pobre gallegüelo quedase inservible y arrugado, como ba-
lón de goma cuando lo dejan sin aire, o cuando estalla rui-
dosamente después de mucho salivarlo y resoplarlo.

Pero falta quien lo pinche. No hay en el viejo mundo,
por lo visto, decisión heroica para desinflar peleles. ¡Más
que al cadalso se le teme al prejuicio, o a la deshonrosa crí-
tica postmortem!

¿Acaso Mr. Hull y otros demócratas de altura no le di-
jeron cobarde—¡cobarde!—al que horadó el pellejo de Dar-
lán a costa de su vida?

Y bien sabemos todos que este cruel, perverso y cínico
Almirante, Juan Francisco Darlán, había puesto a dispo-
sición de la Gestapo a los refugiados políticos de Europa,

que seguían creyendo en Francia, sin recordar que Francia era de Gaulle y no Vichy.

A los republicanos españoles, de no entregárselos al caudillín para que los pusiese frente al paredón, los mandaba por millares a perecer en el Sahara.

Colaboraba al mismo tiempo, sin escrúpulo, sin la más elemental sombra de decoro, en el fusilamiento nazi de rehenes de su propia tierra gala.

Obstaculizó a los británicos, por añadidura, en la liberación de Madagascar.

Entregó a los japoneses la Indochina.

Ayudó en esa forma al asalto de Singapur, frotándose de satisfacción las manos con el triunfo de Tokio en aquella posesión.

¡Un buen día, sin embargo, Washington y Londres armaron caballero al protervo Almirante, dándole el espaldarazo de convencido demócrata en Noráfrica, como pudieron habérselo dado a Quisling o a Laval!

* * *

Cosas iguales, peores o mejores que las de Darlán, en perjuicio siempre de sus compatriotas y de las democracias, ha dicho y ha hecho desde que asaltó el poder, desde que Hitler y Mussolini le dieron fuerza y mando, el cebadísimo chacal antiespañol, que ensangrentó a su patria con un millón de víctimas para llegar al sitio que hoy ocupa.

Pero ya se dijo, en párrafos anteriores, que todos lo inflan y nadie resuélvese a pincharlo; con excepción, por supuesto, de los hombres y grupos conscientes de vanguardia, más despiertos tocante a interpretar la Historia que los muy estirados caballeros del apaciguamiento.

Aire, pues, le echaron, y esta vez con fuelle, el famoso y desastroso Comité de Londres, Blum, Chamberlain, Hali-

fax, Daladier, haciéndole el juego al Eje “anticomunista” Roma-Berlín-Tokio.

Viento también siguiéronle soplando, en la grata compañía del Fuehrer, el Duce y el Mikado, los demás gobiernos supercapitalistas europeos, y casi todos los de América —¡ los de su misma raza y lengua!—, por temor de igual manera a los “rojos bolcheviques”.

Y así otras muchas fuerzas o debilidades, al correr de meses y de años, incluso Su Santidad de ahora y el ya fallecido Pío XI, pródigos en bendiciones e indulgencias para el verdugo del pueblo católico de España, “Hijo Fiel y Amantísimo del Vaticano”.

Ungido en esa forma lo tenemos, renegando de las democracias y exaltando a sus protectores nazifascistas; mas ni por pienso dejan la maniobra, así se truequen rojos de tanto expeler viciado oxígeno, los grandes consorcios y los supereultos estadistas que al fin se enfrentan a los agresores, pero que mantienen muy cordiales intercambios con las flechas y los hombres de Falange.

Apedrean estos fanáticos la Embajada de Norteamérica en Madrid, y se apresura Wall Street a ofrecerle al dictador hispanicida, para que provea y anime a su Legión Azul, un empréstito de cien millones de dólares, que equivalen más o menos a mil doscientos millones de pesetas.

Rechiflan poco después a Sir Samuel Hoare, representante diplomático de la Gran Bretaña ante el Generalísimo, y nada le parece más oportuno a Londres que seguirlo protegiendo y ayudando.

Continúa Franco en su política antidemocrática, aumenta el número de sus soldados para combatir a Rusia, hace llegar cuanto le mandan las Naciones Unidas a territorio alemán, y tan benditas democracias sueltan la declaración de que los Estados Unidos e Inglaterra le sostienen y le

sostendrán al caudillín su economía, que es la economía de los totalitarios.

Este nuevo dato oficial no puede ser más elocuente. ¡Un millón novecientos cuarenta y dos mil barriles de productos petrolíferos, durante los dos últimos años, le fueron enviados en barcos norteamericanos! Así lo manifestó por escrito Mr. Sumner Welles, Subsecretario de Estado, al Presidente del Comité de Relaciones Exteriores de la alta cámara de su país, el conocido Senador Sol Bloom.

¡De modo que no podrá quejarse de mala estrella, en lo que va desde su asalto y traición hasta el 43, el devoto destripador de la carne y del profundamente religioso espíritu de sus conciudadanos!

¡No se podrá quejar! Ni tampoco los suyos, nobles o plebeyos aristocratizados que le rodean, con el Duque de Alba y otros "grandes" de sangre azul a la cabeza.

* * *

De manteles largos nos encontramos a este maravilloso Duque de Alba, descendiente—salvo error u omisión—de aquel que "servía siempre a su señor", o del que a las órdenes de Carlos V y de Felipe II asentó su reputación de carnicero, cometiendo en Flandes, en Portugal y en Italia los más terribles e inhumanos excesos de que a la sazón tuviérase noticia.

El Alba de este siglo, entre encajes y molicie, poco tiene de común con los que él vagamente sospecha que fueron sus antecesores. Pero ufánase hasta por los codos de sus numerosos títulos nobiliarios, de su mezcla con casi todas las sangres europeas de purísima prosapia, de que es el Embajador ideal de Franco en Londres, y de su admiración por las pelucas blancas que tanto lucen en la capital británica.

¡Dios lo ayude! Dieciséis primaveras ha cumplido su hija o heredera, María del Rosario Cayetana, Marquesa fulgurosa de San Vicente del Barco.

Y dos mil personajes de la rancia Europa—de los que no pelean en los frentes de batalla—cayeron en Sevilla el 27 del florido abril, ávidos de atestiguar la presentación en sociedad del virgen vástago en el Palacio de las Dueñas.

* * *

En los alfombrados salones, la más alta o la más baja nobleza de la cursilería europea. Afuera, en la calle, el hambre, la miseria, la flacura, la desnutrición. ¡Ah!, Rubén Darío:

“Yo no sé cómo no ha reventado la mina que amenaza al mundo, porque ya era tiempo de que reventara. En todas partes arde la misma fiebre. La Comune, la Internacional, el Nihilismo, eso es poco; falta la enorme y vencedora coalición.

“Los anuncios del cataclismo están a la vista de la humanidad, aunque la humanidad no quiera verlos; lo que sí verá son el espanto y el horror del día de la ira. No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza.

“El incendio alumbrará las ruinas.

“El cuchillo popular cortará los cuellos y los vientres odiados.

“Las mujeres del populacho arrancarán a puños los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas.

“La pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento.

“Y el cielo asistirá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, al castigo supremo y terrible de los malhechores”.



¡Cosas de mucho temerlo y meditarlo son las profecías del vate de León, que por tercera vez he vuelto a transcribir!

¡Pero acaso menos torturantes que lo que acaba de hacer y festejar el Duque de Alba, provocando en momentos de dolor y de tragedia al heroico pueblo de su patria, que habrá levantado con indignación los puños frente al Palacio de las Dueñas!

EXPLOTADORES DE LA GUERRA

COBRE, salitre, yodo, azufre. Enormes cantidades de esos productos se siguen enviando desde Chile a los países del Eje, por mediación del pelele hitlerista Francisco Franco.

¿Barcos que se utilizan para el transporte, sin necesidad de convoyes porque no corren riesgo ninguno de ser atacados por submarinos alemanes?

“Aldecoa”, “Icar”, “Vizcaya”, “Alsina”, “Rita”, “Montenegro”, “Saturno”, “Ramón Alonso” y muchos más de matrícula española o portuguesa, que se hacen a la mar en puertos argentinos.

Sólo a Portugal se han remitido últimamente 40,000 toneladas de cobre, y no para los portugueses ni para las Naciones Unidas, en tanto que un nuevo y enorme cargamento, con 11 millones más de kilos, se despachó poco después a los embarcadores rioplatenses.

Ha suministrado los datos anteriores el diputado chileno Salvador Ocampo, en la revista “Ercilla”. Y acompaña su denuncia con estas palabras:

“Dar ayuda para los cañones, las bombas y los torpedos nazis, que asesinan soldados, ancianos, niños y mujeres en Europa, América, Asia, Africa y Oceanía, es una traición a Chile. O estamos contra el Eje y liquidamos todo contacto con él hasta el aplastamiento del fascismo, o nos hacemos cómplices de sus crímenes”.

Eso es exactamente lo que habría que decirle al poderoso capital monopolista anglosajón, que es el que explota y exporta al Generalísimo lo que produce Hispano América.

Y eso es lo que también habría que decirle al influyente consorcio "Cleveden" norteamericano, que por medio del Embajador de Washington en Madrid ha confesado estar fortaleciendo al falangista máximo de la anti España.



En lo que al Tercer Reich se refiere, parece haber confirmación plena de que los señores Hess, Goebbels, Himmler, pero sobre todo el voluminoso Goering, han hecho grandes fortunas con el sacrificio y la matanza de su pueblo.

Este último, el famoso y multicondecorado Mariscal de Campo, según periódicos europeos y norteamericanos de manifiesta responsabilidad, es el principal accionista de las industrias bélicas de Alemania, teniendo actualmente el control casi absoluto de la fabricación de aeroplanos, de las fábricas de armamentos Krupp y del monopolio nazi Farben.

Pero no es lo grave que tales cosas ocurran en un país, o en un régimen, cuyo lema es el dominio de los demás; y cuyas castas privilegiadas—en este caso los amos del Reich—, se creen con el derecho divino de explotar y de matar a masas "inferiores en jerarquía", según el léxico del nacional socialismo.

Lo grave, lo monstruoso es que tales explotaciones y tales enriquecimientos tengan también lugar incluso en las potencias aliadas, y no a fe cierta por culpa de la democracia, que es cosa bien distinta.

Responsables de tanta iniquidad son las grandes sociedades anónimas, que sólo piensan en sus dividendos; las insociables compañías de mercaderes internacionales, sin otro

afán que el de lucrar a toda costa, porque no aman ni conocen otra patria que sus intereses.

Como respaldo de afirmaciones tan contundentes me referí en "Cosas y Hombres de Europa" a hechos realmente punibles, denunciados en 1941 y en 1942 por el propio Presidente Roosevelt y por el grupo mayoritario del Senado norteamericano.

Allí, en el gran Capitolio de los Estados Unidos se señaló a "insaciables capitalistas que trafican con la muerte, porque venden sin escrúpulo sus mercancías y sus productos al mejor postor". Y se expidió en pocas horas una ley de emergencia, respaldando ampliamente a la División Antimonopolista del Departamento de Justicia, de tal modo que a las empresas inodadas en negocios con el enemigo, se las considerase como culpables de "alta traición a la patria".

* * *

Pudo demostrarse a la sazón que la maquinaria bélica de los japoneses estuvo siendo alimentada con petróleo de procedencia anglosajona. ¡Lo cual quiere decir que petróleo refinado y vendido por empresas británicas o norteamericanas—escribí en aquel volumen—estuvo sirviendo para el ejército, los aeroplanos y los barcos de guerra del agresor japonés, que a poco andar atacaría Pearl Harbor, Filipinas, Singapur y las desprevenidas Indias Holandesas!

Lo mismo estaba sucediendo con materias primas de diversa índole, con muchos millones de toneladas de hierro viejo, con todo aquello, incluso enormes créditos bancarios, que los imperialistas de Tokio pudiesen necesitar en su guerra de exterminio y de agresión contra pueblos y naciones que tenían y tienen derecho a vivir su propia vida.

Agregué, en el libro de referencia, que igual cosa continuaba repitiéndose con el petróleo venezolano, que la Stan-

dard Oil y la Royal Dutch refinan en Curazao. Uno tras otro se han enviado y se siguen enviando a Hitler, por la vía de España, numerosos tanques del precioso hidrocarburo, para que los alemanes puedan alimentar sin ningún tropiezo sus máquinas de muerte.

“De modo—comenté yo entonces—que los japoneses, los italianos y los tudescos pudieron armarse hasta los dientes, con apoyo “democrático”.

“Y aumentaron su construcción de barcos de guerra.

“Y multiplicaron su flota de submarinos.

“Y fabricaron metralla con metal que recibían de los inescrupulosos mercaderes internacionales.

“A la vista tiene la civilización del siglo veinte el resultado de semejantes tratos y de tales complacencias. Lo está sufriendo la humanidad entera.

“¡Cuánta sangre!

“¡Cuántos millones de muertos y de mutilados!

“¡Cuánto dolor y cuánta ruina!

“¡Pero qué ganancias fabulosas las que han podido acumular los cómplices “anticomunistas” del crimen y de la barbarie!”

* * *

Posteriormente pudo comprobarse que las ganancias de los traficantes de la guerra llegaban en algunos casos a más del ciento por ciento. Y un mensaje de Washington hizo saber a millones de lectores que algunas de esas empresas habían entrado a formar parte del monopolio nazi Farben, habían ajustado sus relaciones con el consorcio químico alemán y habían hecho arreglos especiales con las fábricas Krupp de Alemania.

¡Es decir, con empresas controladas, como se vió al principio, ni más ni menos que por el Mariscal de Campo Her-

mann Wilhelm Goering, segundo capataz del Reich después de Hitler!

La situación de entonces sigue siendo la misma en 1943, con la ventaja para los apaciguadores y para los agresores de que la administración norteamericana, según declaró el bendito de Hayes, está de acuerdo en “mantener a todo trance la economía de España”, lo que no es en resumen otra cosa que prolongar la guerra, con un seguro campo de abastecimiento para los ejércitos teutones.

En nuestro caso hispanoamericano parece ya difícil criticar al Gobierno—¡¡a la postre “democratizado”!!—de la República Argentina. ¡Han hecho lo mismo que los nazistoides de Buenos Aires, y no retroceden en seguirlo haciendo, los demócratas de otras latitudes!

¡Satisfecha estará la Braden Cooper Company!

¡Satisfecha de sus buenas ventas la Guggenheim!

¡Satisfechas también la Standard Oil y la Royal Dutch, que han podido contar, año tras año, con el visto bueno apaciguador de Londres y de Washington para que no bajen sus acciones y aumenten sin interrupción sus dividendos!

¡Pero a qué conclusiones habremos de llegar los que pugnamos en Hispano América por el aniquilamiento de la barbarie supercivilizada?

Esa conclusión no puede ser otra que la expuesta en “Cosas y Hombres de Europa”, que rezaba en síntesis:

Para defender la democracia harían muy bien Venezuela y Chile en expropiar a tan aprovechadas empresas monopolistas, en tal forma que los productos naturales de nuestro Continente—convertidos en gas, en aceite o en bombas incendiarias—no se pongan al servicio de la iniquidad.

¡Así ayudaríamos con mayor eficacia a las naciones sojuzgadas y al pueblo de los Estados Unidos, en nombre precisamente de la solidaridad continental americana!

LAS ENCICLICAS, EL SOCIALISMO Y LA DEMOCRACIA

SI fuese posible reunir en conferencias definitivas de mesa redonda, sobre bases de sinceridad y de buena fe, a los partidarios aparentemente más antagónicos de determinadas doctrinas de transformación social, los encontraríamos a la postre aglutinados con el mismo denominador común.

No entran aquí —cabe repetir lo de sinceridad— los fanáticos de ningún credo, que a todo trance toman el medio como fin. Se trata de hombres en toda su plenitud humana, lealmente entregados a la tarea de estudiar, de buscar solución al problema pavoroso de las grandes mayorías desposeídas.

Hablándose como se habla de plenitud humana, lógico es suponer que tampoco tendrían sitio en esa mesa los que sólo piensan en el lucro a costa de los demás, ni los bárbaros teutones del racismo, que tanta sangre han derramado y tanta monstruosidad han cometido en su locura de dominación mundial.

Los tenemos, pues reunidos. Y así, desde el socialista moderado hasta el marxista verdadero, pasando por los que se aferran al ventarrón del anarquismo, llegarían a proclamar unos y otros que lo esencial, lo que se desea, lo que se persigue, es el bienestar de la sociedad, el mejoramiento de las paupérrimas condiciones de vida en que se ha tenido que debatir el sér humano, de siglos a la fecha.

Surge ya entonces el común denominador, a que antes se hizo referencia. Y en este punto podrían darse la mano Carlos Marx y algunos pontífices de Roma, como se la están dando Wallace y Chiang Kai-Shek, Beveridge y Roosevelt, Wendell Wilkie y el Gandhi, la Constitución revolucionaria de México, la Constitución rusa, la Constitución republicana española, la Carta del Atlántico, los postulados de la Oficina Internacional del Trabajo y tantos otros documentos, promesas o acuerdos de un mundo mejor, algunos ya realizados y otros en proceso de realización.

¡Entre ellos, desde luego, los convenios posteriores de Moscou, del Cairo y de Teherán!



No empiecen los quintacolumnistas ni los lucradores sin conciencia, que mucho hablan de Dios y de la piedad cristiana, a señalar como blasfemia o herejía la coincidencia o el abrazo de Marx con los santos padres de la Iglesia. He aquí unas pocas pruebas contundentes que saco de nuevo a colación, en época tan confusa como la que hoy se vive, tomándolas de "España Heroica":

"El catolicismo, en sus comienzos, sostuvo la tesis democrática. Iglesia, en efecto, significa asamblea. Los creyentes elegían a sus sacerdotes y las asambleas de sacerdotes a sus obispos. Así los católicos defendieron entonces la democracia, o sea el gobierno por la fuerza del pueblo, y combatieron la autocracia, o sea el gobierno de los que mandan por su propia fuerza.

"Posteriormente vino el papado a desvirtuar la democracia apostólica, entronizando la autocracia rígida del Vaticano, operándose una involución, que es todo lo contrario de evolución, según el léxico de Pi y Margall: "Lo au-

toritario es involución hacia la autoocracia, y lo libertario es evolución hacia la democracia”.

“El mismo fenómeno se observa en las relaciones sociales desde la familia hasta el Estado. Se evoluciona a veces de la autoocracia a la democracia, o se degenera en sentido inverso. La degeneración apuntada toma ahora el nombre de nazismo, de fascismo, de Estado Totalitario.

“Estas dos últimas palabras lo dicen todo: el Estado es el amo supremo, es el dueño de la nación, anula al hombre, al conglomerado de seres racionales y conscientes que son en la democracia “la suprema realidad”.

* * *

Saltando después de la democracia al socialismo, venimos a caer en la conclusión de que las teorías de Marx y las del Vaticano se complementan en tal forma, que los lectores no advertirían contradicción *ideológica* ninguna entre las encíclicas papales y el Manifiesto Comunista. En “*Rerum Novarum*”, por ejemplo, afirma con toda su autoridad León XIII:

“Más conforme a equidad debería ser la distribución de los bienes, porque los pueblos están divididos en *dos clases* de ciudadanos, poniendo entre ellos una distancia inmensa: *una clase* poderosísima que como tiene en su mano, ella sola, todas las empresas y todo el comercio, atrae hacia sí, para su propia utilidad y provecho, todos los manantiales de la riqueza y tiene no escaso poder, aun en la administración de los cosas públicas.

“La *otra clase* es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronta por lo mismo a amotinarse... La verdad es que unos cuantos hombres han puesto sobre las espaldas de la enorme multitud de proletarios un yugo pe-

sadísimo, que difiere poco del yugo de los esclavos". (Del comentarista y no de Su Santidad son las cursivas.)

He aquí a León XIII sosteniendo la teoría de la lucha de clases: una poderosísima, propietaria de los medios de producción y de cambio; y la otra, "la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronta por lo mismo a amotinarse". Teoría, por lo demás, que ya desde el siglo XVII había desarrollado Thomas Hobbes en su obra *Leviathan*.

En ese libro estudia Hobbes la realidad de su época y de épocas anteriores, llegando a la conclusión de que lo propio del mundo es la violencia y no la armonía, como resultado de la injusticia social y económica, pues habiendo de existir para todos los hombres un derecho natural a lo que produce la naturaleza, legado de Dios no para unos pocos sino para la totalidad de los seres humanos, tienen los desposeídos que enfrentarse en constante lucha con los fuertes poseedores. ("España Heroica", páginas 103 y subsiguientes).

* * *

Por su parte Pío XI, a pesar de su amistad con Mussolini desde que se firmó el Concordato de Letrán, había expresado en "Cuadragésimo Anno":

"Las riquezas, incesantemente aumentadas por el incremento económico-social, deben distribuirse entre las personas y *clases* de manera que quede a salvo lo que León XIII llama la utilidad común de todos. Esta ley de justicia social prohíbe que una *clase* excluya a la otra en la participación de los beneficios.

"La organización económica contemporánea viola el recto orden, cuando el capital esclaviza a los obreros o a la clase proletaria con tal fin y en tal forma que los negocios, y por lo tanto todo el capital, sirvan a su voluntad y a su

utilidad, despreciando la dignidad humana de los obreros, la índole social de la economía y la misma justicia social o bien común de todos'. (Cursivas del autor y no del Papa.)

Líneas abajo agrega Pío XI: "Salta a la vista que en nuestro tiempo no se acumulan exclusivamente riquezas, sino que se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de unos pocos. Esta concentración de riquezas y de fuerzas produce tres clases de conflictos: la lucha se encamina, primero, a alcanzar el citado poderío económico; se inicia luego una fiera batalla con el fin de obtener el predominio sobre el poder político, y abusar consiguientemente de su influencia en los conflictos económicos; finalmente se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados unós contra otros.

"Emplean las potencias su fuerza y su poder político para favorecer las utilidades económicas de sus respectivos súbditos, o haciendo que la fuerza y el poder económico sean los que resuelvan las controversias originadas entre las naciones.

"Con razón se habla de que cierta categoría de bienes ha de reservarse al Estado, pues lleva consigo un poder económico tal que no es posible permitir a los particulares su dominio sin daño del mismo Estado". [Ibidem.)

* * *

De modo —sigo y tendré que seguir usando hasta el final de este trabajo mi propio libro antes citado—; de modo que los papas aceptan en sus encíclicas la filosofía socialista; reconocen la lucha de clases; están conformes en señalar como nociva y peligrosa la concentración del capital en pocas manos; y se refieren a la necesidad de que el Estado controle determinadas fuentes de riqueza, que por su

enorme poder económico y político no pueden ni deben dejarse bajo el dominio de intereses particulares.

Esto quiere decir que los papas, como los maestros socialistas, condenan la propiedad privada, por lo menos de algunas empresas poseedoras de medios poderosísimos de producción y de cambio.

Cosa semejante sostenía Hobbes, en cuyo concepto cesará la lucha de clases si los derechos naturales se socializan; si su representante y ejecutor es el Estado en nombre de la sociedad, pues sólo habrá paz cuando los expropiados expropíen a los expropiadores estatalmente, socializándose definitivamente la propiedad.

Cosa semejante sostuvieron Tomás Moro, Rousseau, Feuerbach, autores de distintas escuelas, en países de diversas razas y en fechas más o menos cercanas o lejanas del socialismo científico y del materialismo histórico.

Y cosa semejante, en fin, para no cambiar el cauce de los eclesiásticos, se proclama en frases como las siguientes:

Justino el Mártir: "... Traemos a la comunidad cuanto poseemos y lo repartimos con quien lo necesite".

Clemente de Alejandría: "... Todas las cosas son comunes. Dios ha ordenado que el disfrute de los bienes de la tierra sea en común".

San Ambrosio: "... Es la naturaleza la que ha creado el derecho comunista; sólo la violencia ha podido engendrar el derecho de propiedad privada".

* * *

Esta obra es propiedad del
SIBDI - UCR

Resulta entonces San Ambrosio enemigo rotundo de la propiedad privada y defensor del derecho comunista, como igualmente se presenta en este siglo de confusionismo Fray José Gafo, cuando escribe:

“Ni la propiedad individual ni la propiedad colectiva son esencialmente malas o inmorales. Son, en sí mismas, igualmente lícitas. Las circunstancias históricas pueden dar ventajas a la una sobre la otra, a la propiedad individual sobre la colectiva, o a ésta sobre aquélla, para que llegado el momento oportuno tratemos de substituir la una por la otra, realizándose el fin que ambas persiguen, el cual no es otro sino que todos los hombres disfruten, según sus necesidades, de todos los bienes de la tierra”.

Nótese cómo el reverendo padre Gafo no dice “según sus capacidades” —fórmula socialista— sino “según sus necesidades”, fórmula que corresponde a la etapa comunista, a la etapa final de la organización socialista de la sociedad. Mas no he de basarme en predicadores contemporáneos, pues merecerán sin duda mayor acatamiento los santos padres de la Iglesia, hermanos gemelos de Carlos Marx, de Federico Engels y de Nicolás Lenin. Así lo demuestran párrafos como éstos:

San Agustín: “... No por virtud del derecho divino, sino por virtud del derecho de guerra puede alguien decir: esta es mi casa, esta es mi villa, este servidor es mío”.

Cirilo de Alejandría: “... Ni la naturaleza ni Dios conocen ninguna diferencia social de las que ha introducido la codicia humana”.

Juan Crisóstomo: “... Imposible enriquecerse honestamente. Objetarán algunos: ¿Y si se ha heredado de sus padres? Pues bien, se habrá heredado lo adquirido deshonestamente”.

Tertuliano: “... Nosotros los cristianos, unidos de corazón y alma, estimamos todas las cosas como pertenecientes a todos. Compartimos todo en común, con excepción de nuestras mujeres. Entre vosotros, por el contrario, son ellas lo único que tenéis en común”.

Barnabás de Chipre: "... Tendrás todo en común con tu prójimo. No deberás poseer nada en propiedad. Si poseéis en común lo que es eterno, ¿con cuánto más motivo no debéis poseer en común lo terrenal?"

* * *

Ante tales cosas no acierta uno a comprender actitudes como la que han asumido, contra Rusia, México y la verdadera España, contra todo movimiento estructurado de transformación social, los que se dicen herederos o depositarios de la virtud, de la piedad y del modo de pensar de los santos padres de la Iglesia.

¡Menos, mucho menos de lo que ellos querían y predicaban, con asombrosa claridad, es lo que deseamos y por lo cual luchamos en Hispano América! ¡Menos, mucho menos que todo eso es lo que espera el mundo en la postguerra!

MEXICANOS ANTIMEXICANISTAS, A PROPOSITO DE ESPAÑA

EN anterior apunte, por lo que ello tiene de honra pa-
Hispano América, juzgué oportuno escribir sobre la
trayectoria internacional de México.

Y, naturalmente, sobre la satisfacción que deben sentir
los mexicanos por la actitud jurídicamente irreprochable de
su Gobierno; planteada en la Liga de Ginebra desde que co-
menzaron las agresiones nazifascistas.

Satisfacción, en otras palabras, por haberse opuesto este
país a todos los Múniches y a todos los apaciguamientos “de-
mocráticos”, generadores de la hecatombe actual, que a ino-
centes y a culpables los azota y los desangra por parejo.

Con la Historia que no engaña ante los ojos; con el alto
ejemplo de honestidad y de firmeza que a los muy ilustres
estadistas europeos —y a los no menos preclaros de clima
o latitud americana— les ha venido dando una nación en
donde el Presidente no se cubre la cabeza con chistera, no
se pone frac ni calza guantes; con todo eso y mucho más,
no es cosa de imaginarse que puedan existir mexicanos anti-
mexicanistas, por lo menos entre personas alfabetas, capa-
ces de comprender y apreciar el punto de vista de su patria.

¿Mexicanos antimexicanistas porque en este nuevo mun-
do fué México la excepción —ejemplarísima excepción—,
cuando de un confín a otro del planeta sólo se escuchaba y
se aplaudía la estruendosa y calumniosa voz de Goebbels?

¿Mexicanos antimexicanistas porque ha seguido en lo suyo la nación azteca, acogiéndose a las normas civilizadas de un Derecho Internacional, de un Derecho de Gentes universalmente aceptado, que los más viejos y los más cultos regímenes de Europa no tuvieron escrúpulo ninguno en repudiar?

¿Mexicanos antimexicanistas, sobre todo, porque solamente México entre las 21 repúblicas americanas —como sólo Rusia en la ribera opuesta— ha negado sistemáticamente su reconocimiento a la traición, a los crímenes y a las depredaciones del carnicero antiespañol Francisco Franco?

* * *

Sí que los hay, infortunadamente; mas con ello no sufren desdoro quienes muy justas alabanzas han merecido y habrán de merecer por su actuación.

Lo sufrirán en cambio —ya lo están sufriendo— aquellos otros, mal llamados católicos, que andan por ahí a la zaga, exudando ponzoñas de la peor especie o apernando a los hombres de vanguardia, “antes bien con odio que con amor a las prédicas de Cristo”, según decía San Agustín.

Y agregaba el referido padre de la Iglesia, como ya el suscrito no tuvo más remedio que sacarlo a relucir en Costa Rica —“Liberación”— hacia noviembre o diciembre de 1935:

“No es de espíritu evangélico proceder con celo intempestivo, que más parece venganza y odio que humildad cristiana por la gloria de Dios; más parece satisfacción de pasiones reprimidas que cuidado y amor del bien de las almas.

“Criminis persecutor, ut sit hominis liberator”. O en otras palabras, “Interfice peccatum et dilige hominem”,

que en castellano significa: "Intransigencia contra el error y paciencia con el pecador".

Sí que los hay, salvado el tiempo y salvada también la indumentaria, como hubo Miramones de diversas tallas y de bigote más o menos retorcido, en la época de Juárez.

Y como hubo Pelagios Labastidas —Arzobispo de su Imperial Majestad— con reparto de indulgencias y de bendiciones, mitra, báculo y el apéndice de Dávalos.

Y como hubo, a juzgar por lo que informan los propios historiadores de derecha, apoyo financiero, saludos, cortesías, tedeums y paternosters para el rubio Emperador y su señora esposa, doña Carlota de Hapsburgo, enviados a mandar y a "civilizar" a los nativos de estas tierras por Napoleón III y doña Eugenia de Montijo, precursora de Falange y de la nueva hispanidad.

Sí que los hay, en nombre de lo que apodan ellos la fe católica y el "anticomunismo", sin darse prisa en averiguar que por sus hechos, sin duda lamentables, y por lo que todos advertimos que acaece, están más bien exaltando en forma extraordinaria la doctrina comunista, a la vez que infieren daño irreparable al credo religioso en cuyo nombre se van de abuso con sus ladridos y sus dentelladas.

* * *

Como caso concreto de catolicidad antimexicanista, entre las falseadas hipotiposis que al amparo de la retórica y de la democracia suelen emplear algunas plumas "nacionales" de regular calibre, no deben olvidarse los artículos de un conocido escritor regiomontano, en sabrosa y olorosa madurez de santidad.

En el último que ha escrito sobre España —sin más documentación que la que puede confundirse con la propa-

ganda de Goebbels, o con el quintacolumnismo delictuoso de los apaciguadores “antiboleheviques”—, tocante precisamente a la trayectoria jurídica de su patria en el aspecto internacional, suelta el cuasi teólogo norteño, sin que el escapulario se le caiga ni el pulso se le altere, dislates o barrabasadas del tenor siguiente:

“Sin que hablemos de impecabilidad ni perfección, inasequibles en lo humano, ciertamente el Estado Español (el de ahora, el de Franco) respeta la doctrina católica y en ella inspira su actitud ante la persona, ante el matrimonio y la familia, ante la escuela y el trabajo”.

Antes había transcrito el compañero —perdóneseme la irreverencia de situarlo en plano de compañerismo—, cuyo nombre seguirá figurando en sus colaboraciones periodísticas, pero no en este comentario, algunas frases de su muy admirado dictador peninsular.

Allí aparece Franco con las manos juntas en actitud beatífica, asegurando que “en España se es católico o no se es nada”, ya que la unidad y la fraternidad únicamente las encuentran los españoles dentro del catolicismo, así como la concepción hispánica del mundo y de la vida.

De modo que ya tenemos al piadoso Caudillo “vaticanista y nacional” de la nueva hispanidad, a quien moros con turbante y no católicos de su país le guardan las espaldas y lo de más abajo; al chiquitín militaroides que a duras penas se percató de lo suyo, atascado en menesteres filosóficos de los que sabe tanto como podría saber de astronomía, o de cuestiones esotéricas, el mofletudo abarrotero del otro lado de la calle.

Y entre su Excelencia galleguina, el “pensador” francés Henri Massis y el intelectual mexicano —o antimexicano— a quien he venido refiriéndome, mirando el triángulo singularísimo de tan redondeados cerebros apostólicos hacia

Berlín y hacia Roma, de carne y harina me suplen para esto que con la mejor intención del mundo me tomo la libertad de ofrecer a los lectores.

Unido, pues, triángulo tan obtuso de ideas, "idealismos" y espuelas, y haciéndole la cruz a la "herejía permanente" de los 180 millones del Soviet, trata de seguir engañando y confundiendo a los que no entienden de la misa la media, con nuevos y abundantes entrecomillados, tan misericordiosamente nazarénicos, que ni San Francisco de Asís habría tenido reparo en suscribirlos.



Según esos entrecomillados, el movimiento imperial de Falange "se basa en la noción de la persona humana", porque gentes tan progresistas y tan liberales como las que rodean al Caudillísimo, consideran que "la integridad espiritual y la libertad del hombre son valores intangibles".

¡De modo que la "Revolución Nacional" de la caverna española es cosa democrática; y hombre de ideales humanistas el totalitario don Francisco Franco, avalado y sostenido por "arios" de distintas razas y credos: mahometanos con la media luna en sus banderas, terratenientes, militares desleales, tetrarcas de peso completo —doscientas libras de sudorosa carne como *mínimum*—, nobles sin nobleza y otros "espiritualistas" de los que suelen regodearse con trufas y Cayetanas!

A continuación confiesa nuestro teólogo laico, sin pudores ni remilgos, que efectivamente "este movimiento —de las tizonas desenvainadas— recibió el apoyo de Italia y Alemania"; pero disculpa su confesión extraordinaria, o lo que ella significa, agregando que el auxilio del Eje era indispensable "para contrarrestar el apoyo de Rusia". ¡Ha-

bía que destruir, como igualmente lo pregonan los jefes de la pandilla nazi, el terrible foco bolchevique!

Líneas abajo sigue suelto de sus entendederas el escritor de marras, dando coces y embestidas, cada vez más inspirado en Goebbels y en las prédicas hitlerianas del "Mein Kampf". A tal extremo tocan sus afirmaciones los lindes del cinismo o de la ingenuidad, de la torpeza o de la mala fe, que incluso a monjas y a domínicos, por no mencionar a los avispados lugartenientes de Loyola, esas frases les habrán tenido que producir sonrisas maliciosas y guiños de no muy recomendable catadura.

¡Guiños como los que pintó Cervantes cuando al barbero le porfiaban que su bacía era yelmo de Mambrino; y cuando por añadidura querían hacerle creer —hasta el padre de sotana, el otro barbero y el Oidor— que en jaez de caballo, y de caballo castizo, se le había convertido su albarda de jumento!

He aquí algunas de las afirmaciones que en esta glosa sigo comentando, y que son sin duda las que habrán de causar mayor hilaridad entre moros y cristianos:

“Franco fué el jefe indisputado y efectivo del movimiento hispánico: mantuvo programas y propósitos genuinamente españoles. Azaña y sus ministros, en cambio, fueron arrollados por el alud comunista (¡¡horror!!). Su autoridad quedó hecha añicos por las consignas, las maniobras y los crímenes de marca stalinista (¡¡el Sagrado Corazón!!).

“Es decir: de un lado la ayuda quedó a las órdenes del jefe español y regida por él (o sea que Hitler y Mussolini se inclinaron ante el galleguín hispanicida, y se pusieron humildemente a su disposición, en nombre de la catolicidad); y de otro lado —agrega el muy advertido escritor católico de por estas latitudes— la ayuda (¿la de Rusia y México?) desbordó y suplantó a los dirigentes españoles”.



Escribir a estas alturas procacidades tan sobadas y desmentidas, que con rudeza de lenguaje se llamarían de otra manera; y escribirlas a guisa de sandio, hubiera tal vez impresionado, de 1936 a 1939, a los congéneres de tan ilustre intelectual en credulidad o pazguatismo.

Pero en 1943, al cabo de todo lo que el mundo ha ganado en comprensión y experiencia, escritores y no escritores de tan germánico calibre habrían de ponerse en cuarentena, vigilados y a buen recaudo.

Así no nos desprestigiarian por parejo a todos los hispanoamericanos, con la labor en que para su mal se empeñan; ni podrían mantener el estribillo, sus amos de Berlín, de que somos en realidad "raza inferior"; ni habría manera de que nadie nos tomase por tontos de capirote.

Mayor tendría que ser la diligencia en internarlos, cuando llegan al extremo de llamar a los adversarios del sanguinario régimen franquista, "renegados de su religión y de su estirpe".

O cuando gritan a los cuatro vientos que los opositores del Generalísimo son hombres "sin Dios y sin patria, que mantienen la tesonera intriga contra España y la suicida incitación al atentado del fuerte contra el débil".

¡En términos más claros, el atentado de las Naciones Unidas contra la inofensiva Falange y contra los píos y confesados seguidores del Quisling español, malpuesto en la gloriosa capital del mundo hispánico por el Fuehrer supremo de los tudescos, anteriormente escaso de clientela como mediocre pintor de brocha gorda!



Mas he aquí que la testadurez de ciertos fanáticos—reverendos católicos pero profundamente anticristianos—